

# KLEOS

---

ESTEMPORANEO DI STUDI E TESTI  
SULLA FORTUNA DELL'ANTICO

a cura  
di  
Francesco De Martino

*con*

Marianne McDonald (San Diego, California), Massimo Fusillo (L'Aquila),  
Enrico V. Maltese (Torino), Alan H. Sommerstein (Nottingham),  
Stratis Kyriakidis (Tessalonica), Carmen Morenilla Talens (València),  
Onofrio Vox (Lecce), Bernhard Zimmermann (Freiburg i.B.)

# KLEOS

ESTEMPORANEO DI STUDI E TESTI SULLA FORTUNA DELL'ANTICO  
a cura di Francesco De Martino

- 1, 1994** (pp. 250, Euro 22,72)
- 2, 1997** (pp. 720, Euro 61,97)
- 3, 1998** (pp. 278, Euro 26,86)  
MARIANNE McDONALD  
**SOLE ANTICO LUCE MODERNA**  
*Traduzione di Francesca Albini*
- 4, 1999** (pp. 224, Euro 33,05)  
YASMIN HASKELL - PHILIP HARDIE  
**POETS AND TEACHERS: LATIN DIDACTIC POETRY  
AND THE DIDACTIC AUTHORITY OF THE LATIN POET  
FROM THE RENAISSANCE TO THE PRESENT**
- 5, 2000** (pp. 300, Euro 20,66)  
PAOLA ARETINI  
**I FANTASMI DEGLI ANTICHI TRA RIFORMA  
E CONTRORIFORMA**  
Il soprannaturale greco-latino nella trattatistica teologica  
del Cinquecento
- 6, 2002** (pp. 445, E. 38,00)  
MARIANNE McDONALD  
**CANTA LA TUA PENA. I CLASSICI, LA STORIA  
E LE EROINE NELL'OPERA**  
*Traduzione di Francesca Albini*
- 7, 2002** (pp. 384, Euro 60,00)
- 8, 2004** (pp. 386, Euro 32,00)  
**PAROLA ALLA MAGIA**  
*a cura di Giovanni Cipriani*
- 9, 2004** (pp. 272, Euro 50,00)
- 10, 2005** (pp. 384, ill., Euro 50,00)  
**MEDEA IN VIA ARPI**  
*a cura di Francesco De Martino*
- 11, 2006** (pp. 720, ill., Euro 50,00)  
**MEDEA: TEATRO E COMUNICAZIONE**  
*a cura di Francesco De Martino*
- 12, 2007** (pp. 176, ill., Euro 25,00)  
**CORRISPONDENZA D'AMOROSO INCESTO**  
*a cura di Giovanni Cipriani e Maria Grazia Masselli*
- 13, 2007** (pp. 292, Euro 28,00)  
**SOPHOCLES REDIVIVUS**  
La survie de Sophocle en Italie au début du XVI siècle,  
*a cura di Elia Borza*
- 14, 2007** (pp. 302, ill., Euro 60,00)  
**DI ANTICA FOGGIA  
BOZZETTI E FIGURINI DI MODA**  
*a cura di Francesco De Martino*
- 15, 2008** (pp. 520, ill., Euro 60,00)  
**ABITI DA MITO**  
*a cura di Francesco De Martino*
- 16, 2008** (pp. 662, ill., Euro 62,00)  
**ANTÍGONA(S) MITO Y PERSONAJE.  
UN RECORRIDO DESDE LOS ORÍGINES**  
*a cura di José Vicente Bañuls Oller e Patricia Alcalá*
- 17, 2008** (pp. 270, ill., Euro 50,00)  
**MITO E CARICATURE**  
*a cura di Francesco De Martino*
- 18, 2008** (pp. 476, ill., Euro 60,00)  
**MEDEA Istantanea**  
Miniature, incisioni, illustrazioni  
*a cura di Francesco De Martino*
- 19, 2010** (pp. 786 cartonato, ill., Euro 75,00)  
**MITO Y MUNDO CONTEMPORANEO.**  
La recepción de los mitos antiguos, medievales  
y modernos en la literatura contemporánea  
*estudios coordinados por José Manuel Losada Goya*
- 20, 2010** (pp. 154, ill., Euro 34,00)  
**TRADUZIONI E TRADIZIONI**  
*a cura di Francesco De Martino*
- 21, 2010** (pp. 877 cartonato, ill., Euro 75,00)  
**ANTICHITÀ & PUBBLICITÀ**  
*a cura di Francesco De Martino*

KLEOS intercala volumi monografici a volumi in forma di rivista (1.1994, 2.1997, 7.2002, 9.2004)  
gli uni e gli altri sempre sulla fortuna dell'antico

# ANTICHITÀ & PUBBLICITÀ

a cura  
di

FRANCESCO DE MARTINO



Levante editori - Bari

Volume pubblicato con contributi  
della  
Fondazione Caripuglia  
e  
dell'Università di Foggia  
(Fondi F. De Martino e L. Semerari)

© 2010. Tutti i diritti riservati

A handwritten signature or logo consisting of stylized, cursive letters, possibly 'F' and 'U', in black ink.

ISBN 978-88-7949-563-9

*Ai sensi della Legge sui diritti d'autore tutelati dal Codice Civile  
è vietata la riproduzione di questo libro, o parte di esso, con qualsiasi mezzo  
(elettronico, meccanico, per mezzo di fotocopie, microfilms, registrazione, ecc.)  
senza la preventiva autorizzazione scritta*

ELENA REDONDO MOYANO

(Universidad del País Vasco)

## Propaganda de ciudades griegas\*

La publicidad desarrollada en la antigua Grecia para hacer propaganda de la ciudad adoptó diversas formas y tuvo objetivos diferentes a lo largo del tiempo. También contó con medios diferentes desde los que accedía a la población (monumentos, estatuas, pinturas, ceremonias diversas, ...), entre los cuales, sin duda los más importantes debieron ser los relacionados con la expresión oral, ya que fue ésta la forma de comunicación más generalizada en toda la Antigüedad. De esa expresión nosotros conservamos hoy día las obras literarias, algunas de las cuales, pertenecientes a la poesía épica, la lírica y la dramática, junto con algunas producciones en prosa, especialmente discursos, vamos a analizar para dar una visión panorámica de lo que se consideró digno de propaganda sobre la ciudad en diversos momentos históricos. Estas obras estaban destinadas a ser representadas en público y constituían, por ello, un eficaz medio de hacer llegar mensajes a la sociedad, cumpliendo de este modo una función similar a la de los actuales medios de comunicación.

### **1. Homero o la propaganda de la ciudad vencida para mayor gloria del vencedor**

La civilización micénica que se describe en Homero no era, según los valores actuales, una civilización urbana, sino que estaba constituida por asentamientos formados por no muchos habitantes y por grandes forta-

\* Este trabajo ha sido realizado dentro del P. I. HUM-2006-13080/FILO del Ministerio de Ciencia y Tecnología y del GIU-07-26.

lezas o palacios con una clase de señores guerreros frente a la cual había un rey (Kolb 1992: 68-69)<sup>1</sup>. Los guerreros de la *Iliada* se identifican mediante su nombre y el de su padre, y sólo en algunos casos se hace referencia a su lugar de origen<sup>2</sup>. Estos lugares son caracterizados de una manera muy general, con uno o varios epítetos, que hacen referencia:

- a su relación con la divinidad («divina»: Pilos, 1.252; Crisa, 2.519; Nisa, 2.508; Feras, 9.151; «sagrada»: Tebas, 1.366; Onquesto, 2.505; Zelea, 4.103; Pérgamo, 5.446);
- a alguna característica física del lugar en que está ubicada: «arenosa» (Pilos, 2.77); con un puerto «de grandes profundidades» (Crisa, 1.432); «sedienta» (Argos, 4.171); «pedregosa» (Áulide, 2.496; Pitón, 2.519); «rocosa» (Calidón, 2.640; Itome, 2.729; Pito, 9.405); «de numerosas montañas» (Eteno, 2.497); «de blancas cimas» (Titano, 2.735); «de blancas rocas (*leukén*)» (Oloosón, 2.739); de «amplios lugares para la danza (*eurúchoron*)» (Micaleso, 2.498); «alta» (Dío, 2.538; Gonóesa, 2.573); «elevada» (Pédaso, 6.35); «escarpada» (Calidón, 13.217); «abrupta» (Egílipe, 2.633; Olizón, 2.717); «herbosa» (Hiliarto, 2.503); con buenos bosques («magnífico bosque de Posidón»: Onquesto, 2.505; «bosque sagrado de Deméter»: Píraso, 2.696) «florida» (Píraso, 2.695); «herbosos lechos» (Pteleo, 2.697); «de tenebroso follaje» (Nérito, 2.632; Pelión, 2.757);
- a características de su clima o su atmósfera, como «resplandeciente» (Licasto, 2.647); «ventosa» (Enispe, 2.606); «de crudos inviernos» (Dodona, 16.234);
- a las construcciones que la forman: «bien construida» (Medeón, 2.501; Hipotebas, 2.505; Atenas, 2.546; Epi, 2.592; Micenas, 2.269; Cleonas, 2.570; Yolco, 2.712; Arisbe, 6.13); «bien amurallada» (Tirinte, 2.559; Gortina, 2.646); «de siete puertas» (Tebas, 4.406); «de anchas calzadas» (Micenas, 4.52);
- a los frutos de la tierra y animales que se encuentran en ella, como «la

<sup>1</sup> Cf. *Il.* 15.737, donde Ajax grita a los dánaos: «No, no tenemos cerca una ciudad guarnecida de murallas, en la que poder defendernos, con un pueblo que preste ayuda a nuestro bando». Las traducciones de *La Iliada* las tomamos de Rodríguez Alonso 1986.

<sup>2</sup> Cf., por ejemplo, el canto 5, donde se citan numerosos guerreros y se puede comprobar con facilidad este dato.

- de fértil gleba»<sup>3</sup> (Ptía, 1.155); «criadora de caballos» (Argos, 2.287); «rica en racimos» (Arne, 2.507; Epidauro, 2.561; Histiea, 2.537); «de muchas palomas» (Tisbe, 2.502); «de muchas ovejas» (Orcómeno, 2.605); «madre de rebaños» (Itón, 2.696);
- a que es «buena para vivir» (Tebas, 6.415; Festo y Ritio, 2.648; Cos, 2.55), «amable» (Aretirea, 2.571; Augías, 2.583; Arene, 2.607) o «nutridora de hombres» (Ptía, 1.155);
- a que es rica: la Tebas de Egipto es un lugar «donde se amontonan en las casas innumerables tesoros» (9.382); Corinto es «opulenta» (2.570);
- a que su pueblo es «de gran corazón»: Atenas (2.547);

Esta enumeración, que no pretende ser exhaustiva, da una idea de lo escasa que era la caracterización de la mayoría de las fortalezas micénicas<sup>4</sup>. Por el contrario, de Troya se dan más datos y muchos de ellos son elogiosos. Son los siguientes:

- su relación con la divinidad: es «sagrada» (*hirèn*: 5.648) y goza, precisamente, de la protección divina del dios más importante, Zeus (4.44-47);
- el poder que tuvo, ya que dominaba un vasto territorio habitado por muchos pueblos (24.544-545);
- la posesión de grandes riquezas, como metales valiosos («rica en oro», «rica en bronce», 18.288-289; Aquiles le dice a Príamo: «Cuanto espacio limita Lesbos, Morada de Mácar, hacia tierra, y la Frigia y el Helesponto infinito, desde arriba, en todo él dicen que sobresalías tú por tu riqueza y tus hijos.», 24.544-546) o veloces caballos (los troyanos

<sup>3</sup> Los productos de la tierra, a lo largo de toda la literatura de elogio de ciudades desde sus orígenes hasta el tratado de Menandro el Rétor, se consideran un mérito de la misma tierra y nunca se menciona el trabajo necesario para conseguirlos (Pernot 1993, p. 258).

<sup>4</sup> Sólo en algún contexto se ofrece una descripción más amplia, agrupando varios datos, como en 9.149-156, en el que Agamenón, una vez depuesta su cólera, promete a Aquiles lo siguiente: «Le daré siete ciudades buenas para vivir: Cardámila y Énope e Hira, rica en praderías, y la divina Feras, y Antea de fértiles prados, y la bella Epea y Pédaso, rica en viñas. Todas están cerca del mar, en los lugares más profundos de la arenosa Pilos. Y en ellas habitan hombres ricos en corderos y ricos en bueyes, que le honrarán con ofrendas como a un dios y, bajo su cetro, le pagarán pingües tributos.» Un Directorio de geónimos homéricos, con su ubicación en el mapa y la cita de Homero en que aparecen según la traducción de Luis Segalá y Estaella, dentro del Proyecto dirigido por Roberto Salinas Prio, se puede encontrar en la página web: [http://www.homero.com.mx/Geografia\\_homerica/Directorio\\_de\\_geonimos/Directorio\\_Geonimos.htm#Tebas](http://www.homero.com.mx/Geografia_homerica/Directorio_de_geonimos/Directorio_Geonimos.htm#Tebas).

- son «domadores de caballos», *hippodámōn*, 2.30), signo de la existencia de una importante clase de población adinerada que podía correr con los costosos gastos de su mantenimiento;
- su gran tamaño: grande (*méga*: 21.309) y su carácter «amable» (*erateinén*: 5.210), «buena para vivir» (*naioménēn*: 5.489);
  - su caracterización física, que es más completa, ya que de ella se dan datos sobre la naturaleza del lugar en que se levanta: «escarpada» (*eipeinēs*: 9.419); sobre su clima: «ventosa/batida por los vientos» (*ēnemóessan*: 3.305, 12.115); sobre la feracidad de sus campos de cultivo: «de fértil gleba» (*eribólaka*: 3.74) y sobre sus construcciones, entre las que no sólo se mencionan sus murallas y torres –«bien amurallada» (*euteícheon*, 1.129), con un «alto muro» (*aipú ... teíchos*: 6.327), con una muralla «ancha y muy hermosa» (*eurú te kai mála kalón*: 21.447); con «torres construidas por los dioses» (*theodmētōn ... púrgōn*: 8.519), entre las que destaca una, la gran torre (*púrgon ... mégan*: 6.386)–, sino también sus «anchas calzadas» (*euruáguian*: 2.29) que son de excelente trazado –«bien trazadas calzadas» (*euktiménas kat' aguíás*: 6.391)– y sus «altas puertas» (*hupsípulon*: 16.698). Además, se hacen diversas referencias muy elogiosas a las construcciones en que habitaban los nobles troyanos: la mansión de Alejandro era bellísima (*dómon perikallé*: 3.419) y cuando Héctor va a buscarlo a ella se dan los detalles siguientes (6.313-317): «Se encaminó a la mansión de Alejandro, la hermosa mansión que él mismo había edificado con ayuda de los hombres que entonces eran en Troya la de fértil gleba los mejores constructores. Estos habían construido una alcoba, una sala y un patio, cerca de Príamo y de Héctor, en lo más alto de la ciudad». El palacio es, como la propia ciudad, «bueno para vivir» (*eû naietáontas*: 5.489) y la descripción más amplia que de él se hace da buena cuenta de su esplendor (6.242-250): «Pero cuando llegó al magnífico palacio de Príamo, bien construido con pórticos de bruñidas columnas –había, además, en él cincuenta aposentos de piedra pulimentada, en edificación continua los unos con los otros, donde los hijos de Príamo dormían con sus legítimas esposas. Y, al otro lado, enfrente y dentro del palacio, había doce alcobas de piedra pulimentada, situadas en la parte superior y en edificación continua las unas con las otras, donde dormían los yernos de Príamo con sus pudorosas esposas»;

– su belleza, que es propia tanto de la naturaleza en que se encuentra ubicada, de sus llanuras, sus montañas (el Ida), sus ríos (el Janto/ Escamandro o el Simois) y sus fuentes (22.147 ss.); como de sus habitantes, algunos excepcionalmente hermosos, como Ganimedes, al que Zeus hizo su copero (20.232-235); o Paris, «el de más hermosa figura» (3.39), que conquistó a la más hermosa de las griegas; o Casandra, que es semejante en belleza a Afrodita (24.699). La atribución de semejante belleza a un lugar y a sus habitantes, en una cultura como la griega en que tal cualidad era propia de los dioses, quienes la hacían extensiva a las personas y objetos por ellos amados<sup>5</sup>, es el rasgo más evidente de la imagen positiva que los poemas épicos transmitían sobre esta ciudad.

Puesto que la función de la poesía épica era mantener vivas las hazañas de los héroes que son sus protagonistas, la imagen que se difunde de Troya en la *Ilíada* contribuye igualmente a ese objetivo: fue a una ciudad tan espléndida, que contaba con el apoyo divino y era rica, populosa y poderosa, a la que los aqueos lograron vencer. La propaganda de su grandeza aumentaba la gloria de quienes lograron dominarla<sup>6</sup>. Por otro lado, dado que Homero fue leído y considerado modelo<sup>7</sup> a lo largo de toda la Antigüedad, los ítems en que basó la propaganda de Troya tuvieron una larga pervivencia en los elogios propagandísticos de otras ciudades elaborados con posterioridad.

## 2. Píndaro y Baquílides: la propaganda de las élites ciudadanas

Si los héroes homéricos buscaban con sus hazañas que su memoria perviviera para siempre, este mismo objetivo perseguían Píndaro (c. 518-438 a.C.) y Baquílides (c. 518-452 a.C.)<sup>8</sup> al cantar a los atletas vencedores

<sup>5</sup> Sobre la belleza de las personas, cf. Redondo Moyano 2007. Sobre su uso en objetos, cf. De Martino 2009, especialmente, pp. 31-34.

<sup>6</sup> Puesto que, a pesar de tener todas estas excelentes condiciones Troya fue reducida a cenizas, los antiguos se forjaron de ella la idea de que allí concurrieron cuantos sucesos catastróficos pueda reservar el destino a una ciudad (Rykwert 2002, p. 167).

<sup>7</sup> Díón de Prusa, en el siglo II d.C., repetirá en su *Discurso* 33.19-22, un elogio de Troya con fórmulas sacadas de la *Ilíada*.

<sup>8</sup> Para Baquílides hemos usado la edición de Snell y para Píndaro la de Snell-Maehler. Las

en los juegos panhelénicos. En sus poemas estos vencedores se identifican no sólo con nombre de su padre, que los situaba en su *génos*, sino también con el de su ciudad, que los situaba como individuos políticos.

Aunque el nombre de *pólis* se utiliza en general para designar organizaciones humanas como las que aparecían en los poemas homéricos<sup>9</sup>, se asocia particularmente con la nueva organización político-social y religiosa de la que se dotaron los griegos a partir del siglo VII a.C.<sup>10</sup>, la ciudad-estado. Ésta cuenta con un territorio delimitado (*chóra*)<sup>11</sup> y busca el autoabastecimiento de una población libre, los ciudadanos, con gobierno propio y autónomo, organizado en distintas instituciones y con capacidad para establecer relaciones de política exterior<sup>12</sup>. Los *polítes*, ciudadanos de la *pólis*, compartían una misma herencia cultural, religiosa, mitológica, política y racial (van Effenterre 1985: 26). A su vez, las distintas ciudades griegas confluían en reuniones que se celebraban en santuarios panhelénicos, en los que sintieron por primera vez la necesidad de contar el tiempo común, concretamente durante la fundación de las Olimpiadas en el 776 a.C. En estas y otras reuniones panhelénicas los ricos señores, los aristócratas y los tiranos disponían, mediante sus vic-

traducciones del primero las hemos tomado de García Romero 1988 y las del segundo de Bádenas de la Peña y A. Bernabé 2002.

<sup>9</sup> *Pólis* es un lugar defendible y *polítes* eran aquellos que vivían dentro de sus muros (Rykwert 2002, p. 29).

<sup>10</sup> Efectivamente, desde el siglo VIII a.C. se produce un aumento demográfico y se detectan una serie de cambios trascendentales que propiciarán su surgimiento: las monarquías desaparecen; el uso del hierro se democratiza, la táctica hoplítica iguala a los ciudadanos-soldados, el comercio y la moneda modifican el equilibrio agrario, la justicia se hace laica al publicarse las leyes que hasta entonces se mantenían sólo al alcance de una minoría, el pensamiento racional (ciencia, filosofía) hace su aparición, la expansión colonial abre nuevos mundos... (Van Effenterre 1985, p. 21).

<sup>11</sup> Desde un punto de vista geográfico, la ciudad griega es un mundo limitado y cerrado (van Effenterre 1985, p. 23), que se diferencia bien de la ciudad "abierta" de los tiempos actuales (Rykwert 2002, p. 26).

<sup>12</sup> Con el término *pólis* se designa a un conjunto de instituciones, a sus habitantes (Alceo Fr. 112.10 Lobel-Page: *ándres gàr pólis*) y al culto común a las divinidades "poliadas" que la protegían. En latín, en cambio, *urbs* designa la forma en que la ciudad estaba compuesta a nivel físico, ritual y legal, mientras que *civitas* es el nombre colectivo de los *cives*. En Grecia, aunque la casi totalidad de las *pólis* desarrollaron un centro urbano, éste no era imprescindible; en la Atenas del siglo V a.C. el agrupamiento urbano se designa con el término *ástu*, e implica una mejor calidad de vida que la de los ciudadanos que vivían en el *agrós* (Kolb 1992, pp. 1-63).

torias, de un escenario idóneo para darse a conocer a toda la comunidad, a la vez que consolidaban su poder político en sus respectivas *póleis*<sup>13</sup>. La importancia que la victoria de sus atletas tenía para las distintas ciudades se manifiesta, por un lado, en la celebración con la que solían ser agasajados al regresar: era habitual que la ciudad los recibiera con una procesión triunfal en la que solía representarse el epinicio con que se celebraba su victoria; se trataba de una ceremonia cívica y religiosa de reconocimiento al valor ciudadano. Por otro, en las numerosas fórmulas que se utilizan en estos poemas, en las cuales se asocian vencedor y ciudad por procedimientos variados:

- Unas, mediante la idea de coronar a la ciudad, de la misma manera que lo es el atleta, como la *P.* 2<sup>14</sup>, 5-6, dedicada a Hierón de Siracusa, ciudad a la que se invoca, personalizándola y convirtiéndola en destinataria de la composición desde el mismo comienzo del poema: «Vengo a traerte de la espléndida Tebas este canto, noticia de la cuadriga estremecedora de la tierra en la que venció Hierón, de magníficos carros, ciñendo así con relumbrantes coronas a Ortigia<sup>15</sup>».
- Otras, haciendo proclamar vencedora a la ciudad, en el momento en el que lo es el propio atleta, como en *O.* 8, 20, en la que Alcimedonte «hizo proclamar por su triunfo en la palestra el nombre de su patria de grandes remos, Egina».
- Otras hacen referencia a que el triunfo de sus atletas hizo que sus ciudades fueran conocidas, como Telesícrates, *P.* 9, 73, quien «Con su

<sup>13</sup> Cf. García Romero 1988, p. 23. Smith (2007, p. 100) apunta que el último período del siglo VI a.C. y los comienzos del V (especialmente *c.* 500-470) fue la gran época de victorias de los aristócratas y de "titánicos" campeones que pasaron, con las estatuas que la ciudad les dedicó, al ámbito de la leyenda y el culto. Tales figuras fueron tanto campeones atléticos, como activos políticos. También Plácido (1997, p. 127) constata que los aristócratas mantuvieron «el control del campo ideológico a través del imaginario representado por el auge de la poesía épica y por el florecimiento de los santuarios panhelénicos y las reuniones panegíricas. En ellos las aristocracias se realizan y afirman el prestigio a través del cual ganan poder en su propia ciudad. El particularismo de la *pólis* y el panhelenismo se complementan para dar coherencia al sistema.»

<sup>14</sup> La obra de Píndaro la indicaremos con las abreviaturas usuales (*O.*, *P.*, *I.* y *N.*). Estos poemas se compusieron entre el 498 a.C., fecha de la *P.* 10, y el 444 a.C., fecha probable de la *N.* 10.

<sup>15</sup> La isla de Ortigia, de la que surgió Siracusa, parece que acogía las cuadras donde se adiestraban los corceles de Hierón; cf. Bádenas de la Peña y Bernabé 2002, p. 126, n. 11.

triunfo allí afamó (*anéphane*) a Cirene», del mismo modo que lo habían hecho los héroes míticos, como Adrasto, quien dio fama a la ciudad al fundar los juegos: *N.* 9, 12 ss.: «Arriba, alcemos la flauta hasta la propia cumbre de los hípicas certámenes que, en honor de Febo, Adrasto estableciera ... héroe, que antaño reinó aquí y con nuevos festivales, concursos de fuerza entre varones y carros trabajados a cincel dio fama a la ciudad glorificándola».

– Otras, por último, constatan que engrandecieron (*aúxein*: *O.* V, 4) a su ciudad mediante su triunfo, como es el caso de Psaumis de Camarina.

El mensaje general que transmiten estos datos es que la victoria de un atleta se consideraba un bien de la comunidad de ciudadanos (*xunòn ... kósmos*: *I.* 1, 6), de manera que el poeta honra tanto al vencedor, como a su ciudad, tal como se indica claramente en la *O.* 3, 2-3: «por honrar a la insigne Acragante, pongo en pie un himno por la victoria olímpica de Teón»; o bien convierte el elogio de la ciudad en preludeo (*prooímion*) del dedicado al vencedor (*P.* 7, 1-4); o hace que este elogio siga al del atleta y su raza (*I.* 6, 1-9), o, por último, hace que ambos, elogio del atleta y de su ciudad, converjan en la petición final que se dirige a la divinidad (*O.* 5, 17-22: «Zeus salvador ... llego suplicante a tu presencia ... para rogarte que ornes a esta villa (Camarina) con el esplendor glorioso de sus hombres. Y ojala que tú, vencedor en Olimpia, tengas una vejez serena»)¹⁶.

Esta asociación de la ciudad con el atleta vencedor da lugar a la primera propaganda de distintas *póleis* griegas. Esta propaganda se centra en la mención o el elogio de diversos rasgos, en algunos de los cuales es claramente apreciable la herencia homérica. Del entorno físico de las ciudades se mencionan frecuentemente sus ríos y sus fuentes, elementos indispensables para su subsistencia, que servían también para localizarlas geográficamente y, frecuentemente, para relacionarlas con el mundo divino¹⁷, ya que muchas de estas fuentes y ríos formaban parte del lega-

¹⁶ Para una casuística más amplia y más ejemplos, cf. Saïd & Trédé-Boulmer 1984, pp. 161-163.

¹⁷ Sobre el solar en que las ciudades se asentaban, cf. Rykwert 2002, pp. 55ss. Más adelante, Platón (*Leyes* 747) trató sobre el entorno físico en relación con la influencia que tenía en los habitantes: los lugares que contaban con una inspiración divina, eran beneficiosos; pero existían otros en los que los vientos, el calor, las aguas o la naturaleza del sustento que la tierra

do mitológico: Egina es hija del Asopo, río del norte del Peloponeso, padre de la ninfa del mismo nombre («Oh hija de un río voraginoso», Baquílides, *Epinicio* 13, 77). Camarina es la hija del Océano que da nombre al lugar, a la ciudad y al río junto al que la ciudad se asienta; en relación con ella se menciona también el Oano, junto con el lago de la región, en realidad un remanso del río Híparis, en el que desembocaba el Oano, y los canales del Híparis, que discurría por ellos desde la laguna<sup>18</sup> (*O.* 5, 9-14). De la locria Opunte se menciona el río Alfeo y la fuente Castalia que la abastecen (*O.* 9). Los habitantes de Siracusa-Ortigia beben de la fuente Aretusa, supuestamente comunicada con el Alfeo (*P.* 3, 69). Mediante la fuente Dirce se localiza Tebas (*I.* 1, 29). Pirene, la fuente en la que Belerofontes logró embridar a Pegaso, daba sus aguas a la ciudad de Corinto (*O.* 13, 61).

Otros detalles físicos contribuyen también a localizar y distinguir las distintas ciudades. De Lócride se indica su ubicación en la de la Magna Grecia porque sus habitantes son los locrios cefirios<sup>19</sup> (*O.* 10, 13). La situación de Corinto se indica con una bella metáfora, «pórtico del Ístmico Poseidón» (*O.* 13, 5). Acragante (Agrigento), situada junto al río del mismo nombre, se levanta sobre una colina perfecta (*P.* 12, 1-3) y Cirene está construida sobre una «luminosa loma», descripción bastante exacta del lugar en que se encuentra<sup>20</sup>.

Aparte de estos rasgos del entorno físico, se dan unas breves noticias sobre el aspecto externo de algunas ciudades: Egina es «de altas calles» (Baquílides, *Epinicio* 13, 72) y tiene excelentes murallas (*N.* 4, 12). La locria Opunte tiene «espléndidas arboledas» (*O.* 9, 20). De Tebas se mencionan, como en la épica, sus siete puertas (*P.* 9, 80). De las construccio-

proveía, afectaban positiva o negativamente a quienes en ellos vivían. Para Aristóteles (*Política* 7.11, 276, 1330a) lo determinante para la elección del lugar en que ubicar la ciudad es que no dañe la salud de sus habitantes.

<sup>18</sup> Cf. Ortega 1984, p. 93, nota a vv. 11-12 y Bádenas de la Peña y Bernabé 2002, p. 65, n. 2.

<sup>19</sup> Es decir, occidentales. Es la Lócride situada en la Magna Grecia. Además, en la península balcánica hay otras dos Lócrides, la Opuntia (que mencionamos más adelante, en *O.* 9) y la Ozolia, separada de ésta por el Parnaso y situada más a occidente.

<sup>20</sup> Cf. Suárez de la Torre 1988, p. 173, n. 3. Algunos de los epítetos físicos con que se las describe son tautológicos, como el caso de Rodas, que es «marina» (*póntia*, *O.* 7.13); de Egina, que está «ceñida por las aguas» (*halierkés*, *O.* 8.25); de Delos, Delfos o Atenas, que son «rocosas» (*petraéssas* de Delfos, en *O.* 6.48; *kranaós* de Atenas en *N.* 8.11 y Delos en *I.* 1.4); cf. Saïd & Trédé-Boulmer 1984, p. 164.

nes que se encuentran en las ciudades sólo encontramos una mención: en la O. 5, 13, se deja constancia de que en Camarina había un santuario de Palas, la diosa protectora de la ciudad, y sólidas mansiones. Esta mención se debe a una circunstancia especial<sup>21</sup>: la ciudad había sido destruida por Gelón en el año 484 a.C., y el poeta está dando a conocer a toda la comunidad la labor de reconstrucción que ha llevado a cabo la numerosa población que la habita (O. 5, 4).

El aspecto físico de las ciudades, en general, merece, como se ha visto, una escasa atención del poeta, que se muestra más interesado en dar a conocer otro tipo de cualidades relacionadas con sus habitantes. Alguna de ellas había aparecido también en la poesía homérica, como el epíteto «de bondadoso corazón» (*ēpiophrón*, *Epinicio* 13, 78), que ahora Baquílides dedica a Egina. Pero, además, esta ciudad, que fue cuna de numerosos vencedores, aparece ensalzada por su gestión política adecuada, ya que tiene como guía a la Virtud (*Aretá*), la Buena Fama (*Eukleía*) y la Concordia (*Eunomía*) (*idem*, vv. 176-189, y *I.* 5, 22). Por su parte, Píndaro elogia la pericia en el mar de sus habitantes, que se mueven como delfines (*I.* 9, 7), haciéndola «célebre por sus naves» (*I.* 9, 1) y «de largos remos» (O. 8, 20), epítetos heredados también de la épica, donde describían a los Feacios<sup>22</sup>. La justicia y el buen orden que ya había mencionado Baquílides son evocados en su obra por medio de *Thémis*, la diosa del derecho, a la que los eginetas veneran (*idem*, 21-23). De esta diosa obtienen su gran capacidad para dirimir los numerosos procesos judiciales que en ella tenían lugar, por ser centro importante de comercio, actividad sugerida en la imagen de una balanza (*idem*, 23-25). Como ciudad portuaria y dedicada al comercio, habría en ella una importante presencia de extranjeros<sup>23</sup> a los que la ciudad otorga una protección espe-

<sup>21</sup> Precisamente la autoría de Píndaro de esta oda ha sido cuestionada basándose en la rareza de esta mención: Cf. Saïd & Trédé-Boulmer 1984, p. 164, n. 6.

<sup>22</sup> Cf. Homero, O. 8.191, 396 y 13.166. Es esta una forma de hacer publicidad del principal modo de vida de esta ciudad. Efectivamente, tras la caída de los estados micénicos, las dos formas de organizar la adquisición de sustento que estos palacios habían combinado, la repartición y la adquisición, se dividieron más estrictamente, dando lugar la primera a estados agrarios, mientras que la segunda se afincó especialmente en estados marítimos, como Egina (Van Effenterre 1985, p. 223).

<sup>23</sup> La justicia que protege la institución de la hospitalidad es también destacada en la *N.* 4; en las *N.* 3 y 5 se insiste en su carácter hospitalario y en la *I.* 9 se recuerda su respeto por la

cial, transmitida por la identificación de Egina con un pilar (*idem*, 25-28)<sup>24</sup>, cuya rectitud simboliza su correcto proceder, bajo la guía firme de la justicia, y su rechazo a inclinarse ante la variación de las circunstancias<sup>25</sup>. Esta capacidad para dirimir con justicia los pleitos les viene a los habitantes de Enopia (variante antigua de Egina), madre de su rey mítico Éaco<sup>26</sup>, cuya prudencia le hizo dirimir litigios incluso entre divinidades<sup>27</sup>. De sus descendientes, los eácidas<sup>28</sup>, que eran «parejos a los dioses», heredaron los eginetas su sensatez y prudencia, además de la valentía que les caracterizó (*l.* 8), de manera que también ahora es ilustre por sus habitantes (*P.* 8, 28)<sup>29</sup>, entre ellos, los vencedores de los juegos. De Egina se publicita también su cultivo de las artes (*l.* 8, 16; *P.* 8, 21), representadas por las Gracias<sup>30</sup>. Precisamente la *P.* 8, 1, una de las que destaca esta cualidad de Egina, invoca en su comienzo a la Paz Ciudadana (*Hesiquía*), hija de la Justicia (*Díke*, que a su vez desciende de Zeus y *Thémis*<sup>31</sup>) y dadora de grandeza de la que disfruta esta ciudad<sup>32</sup>.

ley divina y por la justicia de la hospitalidad. En un estado comercial como el que se describe, el respeto a esta institución resultaba fundamental.

<sup>24</sup> También en la *l.* 5.57, Egina es una torre con altas virtudes.

<sup>25</sup> Cf. Suárez de la Torre 1988, p. 105, n. 6.

<sup>26</sup> Egina es (*l.* 8) hija del Asopo, río de Beocia, y fue amada por Zeus en Enopia (nombre antiguo, como Enona, de la isla), lugar que luego adquiriría su nombre. De esta unión nació Éaco.

<sup>27</sup> Esta capacidad para dirimir litigios de Éaco lo acompaña después de su muerte, ya que es, junto con Radamanto y Minos, juez en el Infierno.

<sup>28</sup> Las virtudes de los eácidas son referidas en diversas odas dirigidas a vencedores eginetas; sus mitos aparecen en *O.* 8, *N.* 5, entre otras. De su fama, que llegó hasta los etíopes, habla la *N.* 6, 45 ss. También Baquílides, *Epinicio* 13, en su parte central, glorifica a estos antepasados célebres de los eginetas.

<sup>29</sup> *Kleinós* es un adjetivo que caracteriza a diversas ciudades, como Acragante en *O.* 3,2, Siracusa en *O.* 6,6, Opunte en *O.* 9,14, Cirene en *P.* 9,70 y Atenas en fr. 76,2.

<sup>30</sup> En la *N.* 7,9, Egina es *philómolpon*, «amante de cantos», y son esos «cantos» los que difunden la gloria de sus atletas.

<sup>31</sup> *Thémis* aparece en los poemas homéricos y también en las tablillas micénicas como una forma impersonal que designa lo que está permitido y lo que no. *Díke*, en cambio, no aparece en las partes antiguas de los poemas homéricos y está ausente de las tablillas micénicas: frente a las prescripciones imperativas de *Thémis*, *Díke* deja un espacio jurídico donde desarrollar el derecho y los juicios (van Effenterre 1985, p. 215).

<sup>32</sup> También en el *Peán* 6 (fr. 52f, 123 ss.) se muestra una imagen muy elogiosa de Egina (su gloria, su afición a los cantos, su poderío naval, su prosperidad, su hospitalidad) y de los eácidas (en una parte muy fragmentaria del poema).

En esta alabanza de Egina, una de las más completas que se pueden encontrar en los cantos corales, se ensalzan especialmente sus cualidades políticas, es decir, las que facilitan la convivencia ciudadana y que son propias de comunidades civilizadas, haciéndolas proceder, como era tradicional, de sus antepasados míticos, que la conectaban con el mundo de los dioses. Estas mismas cualidades se repiten, con variantes específicas, en el resto de las ciudades que aparecen en los poemas corales. Con la lócrida Opunte (O. 9) se asociañ *Thémis* y su hija *Eunomía* (Buen Orden Legal) y, por medio de su pasado mítico (Deucalión y Pirra) y de su héroe epónimo, se la relaciona con figuras del prestigioso ciclo troyano. De Lócride (O. 10) se destaca su ordenamiento legal, evocado por la Rectitud/Exactitud (*Atrékeia*, v. 14) que la rige, y el gusto de sus habitantes por Calíope y Ares, que los caracteriza como poseedores de las dos cualidades más valoradas por la aristocracia: el cultivo de la poesía y el valor guerrero. Estas cualidades hacen de los locrios un pueblo glorioso (*klutòn éthnos*, v. 97) y a su ciudad habitada por nobles varones (*euáonora pólin*, v. 99). Corinto (O. 13) es una opulenta ciudad (*ólbian*, v. 4), que es elogiada como modelo de comunidad por estar habitada por las tres hijas de *Thémis* (*Hôrai*, las Horas), es decir, por todas las virtudes cívicas: *Eunomía*, *Dika*, que es aquí caracterizada como el «fundamento seguro de las ciudades» (*báthron políon asphalés*, v. 7), e *Eirēna*, que proporciona riqueza a los hombres (v. 8). Las Horas han concedido a sus habitantes las aptitudes naturales que les caracterizan: además de su capacidad para las victorias en los juegos, son grandes inventores (de festejos en honor de Dioniso, del bocado de los caballos o de un determinado tipo de frontón) y cultivadores, como los locrios, de la Musa y de Ares. Etna (P. 1, estrofa 4), la ciudad a la que Hierón de Siracusa llevó a su apogeo, es elogiada por la constitución doria que la rige<sup>33</sup> y sus habitantes están adornados con las virtudes dorias tradicionales. Siracusa es invocada al comienzo de la P. 2 como ciudad importante (*megalopólies*, v. 1) y con gran capacidad bélica: es sede de Ares (*témenos Áreos*, v. 2; N. 1.16), amante de los caballos, y nodriza de hombres y caballos armados de hierro (*sidarocharmân*, v. 2; N. 1.17). La feracidad de su suelo, que la hace opulenta, le fue otorgada, como al resto de Sicilia, por el propio Zeus (N.

<sup>33</sup> Cf. la estrofa IV en la que se lee que Hierón la fundó siguiendo las leyes de Hilo, el héroe epónimo de las tres tribus dorias y padre de los Heráclidas de Esparta.

1, 14). De Atenas, también una ciudad importante (P. 7, v. 1: *megalopólies*, N. 2, v. 8), se destaca su belleza (*kálliston*, v. 1-2) y el ser la más ilustre (*epiphanésteron*, v. 7) de Grecia. Esta imagen de los cantos de victoria, se completa con la que aparece en los *Ditirambos*, donde se añade para elogiarla el epíteto «coronada de violetas», que fue muy conocido en la antigüedad<sup>34</sup>; y se comienza a dibujar su papel de guía de los griegos, aludiendo a la fama de la que disfruta en toda la Hélade (fr. 76) y a que es «fundamento de la libertad» (*krēpîd' eleutherías*, fr. 77), a raíz de la mención de Artemisio, donde los griegos vencieron a los persas en 480 a.C. La libia ciudad de Cirene es elogiada por su riqueza en productos de la tierra y en ganado (P. 9, v. 6: *polumélou, polukarpotátas*), especialmente en caballos (v. 4), signo de su aristocracia. Además, es una ciudad muy bella (v. 69), poblada por hermosas mujeres (v. 74) y afamada por sus juegos (v. 70). De modo muy similar, Acragante destaca por su riqueza en productos de la tierra que le otorga Perséfone (*Phersephónas hédos*, P. 12.2) y en ganados que le otorga el río Acragante (v. 2), por la enorme belleza que la caracteriza (v. 1) y por su gusto por lo lúdico (v. 1: *philáglae*). De algunas ciudades se resalta una sola cualidad, que generalmente es poco descriptiva, como es el caso de Lacedemonia, que es «grande» (P. 4.48) o de Acarnas, cuyos habitantes son nobles (N. 2.17: *euánores*). Por último, Píndaro hace una breve propaganda de su propia ciudad, Orcómeno, destacando de ella su especial cultivo de las Gracias y los hermosos coros que en ella se representan (P. 12.26: *kallíchoron*).

Los elogios que se hacen de las ciudades en la poesía coral de Baquílides y Píndaro son breves<sup>35</sup> y muestran una notable dependencia de Homero. Sin embargo, varias de sus características son reflejo de la diferente sociedad para la que fueron compuestos. Lo esencial del elogio no es tanto la descripción física de la ciudad, sino que el punto de mira se pone en sus habitantes, los ciudadanos, tanto en los pasados, entre los que es frecuente remontarse hasta el fundador mítico, que relaciona a la ciudad con la divinidad; como en sus descendientes, entre los que se cuenta el vencedor al que se celebra. Si los héroes homéricos realizaban

<sup>34</sup> Aristófanes la parodia en *Eq.* 1329, *Ach.* 637-640 y *Nu.* 299. Cf. También, Isócrates, 15 (*Sobre el cambio de fortunas* o *Antídosis*), 166 y Pausanias 1.8.4.

<sup>35</sup> El elogio de la ciudad sólo ocupa lo esencial de la oda en unos pocos casos, como la *O.* 13 (Pernot 1993, p. 179).

hazañas particulares cuya gloria revertía sólo en ellos mismos y en su linaje, los atletas vencedores en los juegos panhelénicos, miembros relevantes de las ciudades de donde procedían, obtenían gloria no sólo para sí mismos, sino también para su ciudad<sup>36</sup>, que aparece continuamente asociada a ellos: lo importante ya no es sólo el individuo, sino también la colectividad política a la que pertenece. En consecuencia, en los elogios de los poetas corales se publicitan valores relacionados con la convivencia pacífica de los miembros de la *pólis* (como la justicia, la paz, la capacidad de acogida de extranjeros y el cultivo de la cultura y de las artes), que no aparecían en los poemas homéricos. Aunque el punto central de estos poemas sigue siendo un individuo, ese individuo mantiene con la comunidad de la que procede un intercambio fluido: su triunfo le aporta honores y bienes materiales de parte de su ciudad, pero ésta comparte su fama y su gloria en la gran comunidad de los griegos<sup>37</sup>.

### 3. Teatro y prosa de época clásica: la propaganda de un régimen político

Si en la obra de Píndaro y Baquílides se mencionan diversas *pólis* helenas, la literatura dramática y la prosa de la época clásica dedican una atención preferente a Atenas. En las obras de historiadores como Tucídides (2.35-46), en los dramas de la segunda mitad del siglo V a.C., en las obras de pensadores como Platón (*Menéxeno*<sup>38</sup>, 236d 4-249c 8) o en la de los oradores e historiógrafos de los siglos V y IV<sup>39</sup> se ofrece una imagen

<sup>36</sup> Cf. Burnett 1985, p. 50.

<sup>37</sup> Tal como Douglas (2007, p. 401) señala, los juegos proporcionaban ocasión para el ascenso social, mediante el mecanismo del prestigio, pero también contribuían a implicar a todas las ciudades en un gran unidad panhelénica.

<sup>38</sup> Consideramos aquí este discurso porque, a pesar de su carácter irónico, está compuesto dentro de la tradición del epitafio: efectivamente guarda la estructura habitual de otros discursos fúnebres conservados y es citado como tal por Aristóteles (*Retórica* 1367b31) y Cicerón (*Orator* 151). Sobre su interpretación desde los autores antiguos hasta los críticos modernos y sobre su atribución a Platón cf. Kennedy 1963, pp. 158-164 y Acosta 1983, pp. 153-157.

<sup>39</sup> Cf. Gorgias (480-380 a.C.) 82 B 5a, 5b, 6 D.-K.; Lisias (445-380 a.C.), 2; Demóstenes (384-322 a.C.), 60.285-288 e Hipérides (390-322 a.C.), 6. La autoría de Demóstenes del discurso fúnebre a él atribuido ha sido puesta en duda desde autores antiguos; no obstante un especialista en retórica y en Demóstenes como López Eire cree posible su autenticidad (1985, pp. 282-283). También se dudó de si Lisias era el autor del discurso fúnebre que hemos mencionado, pero la crítica actual ha disipado las dudas: cf. Calvo 1988, p. 93.

idealizada de esta *pólis*, a la que se dibuja como campeona de la libertad y de la democracia<sup>40</sup>. Esta imagen, que se forjó basándose en relevantes hechos históricos como el papel decisivo que Atenas jugó en la victoria de los griegos contra los persas o el haber sido cuna del régimen democrático<sup>41</sup>, fue objeto de una publicidad tan eficaz que no resultó empañada ni por los límites de la democracia<sup>42</sup>, ni por los excesos del "Imperio Ateniense", ni por su derrota en la guerra contra Esparta, la otra *pólis* con gran poder de la época. De hecho, como veremos, perduró en el tiempo y llegó a ser entendida como el ideal clásico de ciudad (Loraux 1993: 9).

3.1. La construcción de esta imagen idealizada de Atenas se llevó a cabo especialmente en un tipo de discurso oficial, el *epitáphios lógos* o discurso fúnebre, que era pronunciado anualmente por un político<sup>43</sup> elegido por sus cualidades morales e intelectuales (Tucídides 2.34.6 y Menéxeno 234b.4-10) en honor de los soldados caídos en la batalla dentro de las fiestas llamadas *Epitáphia* que la ciudad organizaba en su honor desde mediados del siglo V a.C.<sup>44</sup>. Si Píndaro y Baquilides cantaban a aristócratas vivos a los que individualizaban entre los que formaban su *pólis*, los discursos fúnebres cantan a soldados ciudadanos muertos y

<sup>40</sup> Aunque en este trabajo nos ocupamos de los documentos literarios, hay que dejar constancia de que el arte, en general, colaboró en la construcción de esta imagen.

<sup>41</sup> Aunque el camino se inicia con Cilón y Dracon en el siglo VII a.C., los aristócratas no pierden poderes hasta las reformas de Solón (c. 639-559 a.C.), cf. la propia obra de Solón y la *Política* de Aristóteles (2.11.5 ss., 1273b-1274a). En la instauración del nuevo régimen el paso definitivo fue dado por Clístenes, que gobernó entre c. 600-570 a.C. y logró enraizarlo mediante la división territorial del Ática, la creación de diez tribus y la supeditación de la *Bulé* (ampliada en 500 miembros) y del *Areópago* a la *Ecclésia* o Asamblea.

<sup>42</sup> Teniendo en cuenta que las ventajas del régimen democrático ateniense estaban *de facto* limitadas a un reducido grupo de ciudadanos varones, Van Fanterre (1985, p. 288), considera que la libertad que se publicita en estos escritos es propia de la «exaltación verbal tan del gusto de los mediterráneos» y que, cuando se le despoja de la propaganda y de los excesos «de un cierto orgullo», es un conjunto de *arrangements, de concessión prudentes, d'accords résignés*.

<sup>43</sup> Si en una sociedad aristócrata es el poeta el encargado de dispensar elogios o vituperios, tal como el propio Píndaro apunta en *P.* 3.112-115 y *N.* 7.61-63, en la demócrata Atenas esta función la realiza el político.

<sup>44</sup> Estas fiestas se organizaron de acuerdo con las leyes solónicas sobre enterramientos y duelos: cf. Plutarco, *Solón* 21. Constaban de un discurso y de dos días de competiciones atléticas.

anónimos a los que se honra colectivamente<sup>45</sup>, y a los que se caracteriza sólo en su relación con la ciudad y en beneficio de ésta<sup>46</sup>. Efectivamente, en los discursos de este género<sup>47</sup> –que es un producto netamente ateniense ya que en esta ciudad surgieron y sólo en ella se cultivaron (Demóstenes, *Contra Leptines* 141)–, junto a una consolación de los familiares de los caídos y una exhortación a los vivos a imitar sus virtudes, se encuentra siempre la propaganda de la ciudad<sup>48</sup>, que se elabora tanto para los propios atenienses contemporáneos, como para la posteridad (Tucídides 2.64.3).

De la ciudad, se elogia la *andreía* (valor) del ciudadano-soldado ateniense enfrentado a los ciudadanos de otras *pólis*, de las que Atenas se diferencia con una distancia que nunca será posible reducir. Este valor que caracteriza a los atenienses se remonta a sus antepasados, que habitaron siempre la tierra ática y son, por tanto, autóctonos<sup>49</sup>: la *pólis* es para ellos «madre y patria» (*mētēr kai patrís*, Lisias 17) y su autoctonía es la reivindicación del honor de ser desde sus orígenes *ándres* de la tierra ática constituida ya como espacio cívico. Atenas es autosuficiente y ha sabido hacerse grande con el paso de los tiempos, protagonizando gloriosas

<sup>45</sup> Cf. los discursos de Tucídides 2.34.4, Platón, *Menéxeno* 234c.4-6 y Demóstenes, *Contra Leptines*, 141. Por otro lado, epitafios, como los epinicios de Píndaro y Baquílides, siguen la estela homérica, como se puede ver comparando Homero, *I.* 22.305 y Tucídides 2.41.4.

<sup>46</sup> Mientras que los atletas vencedores y sus ciudades participaban conjuntamente de los beneficios del triunfo, en los discursos fúnebres atenienses la gloria de los ciudadanos-soldados muertos ha pasado a ser un elemento político (Loroux 1993, pp. 73-75).

<sup>47</sup> La organización general y los tópicos de estos discursos se repiten con algunas variaciones individuales (Kennedy 1963, p. 154).

<sup>48</sup> Tal como Loroux 1993: 249 explica, si Píndaro puede renunciar a un desarrollo largo sobre la patria del atleta victorioso, el orador que pronuncia el discurso fúnebre se extiende preferentemente sobre la ciudad; si en Píndaro falta tiempo para el elogio de la ciudad, en Pericles o en Lisias falta tiempo para el elogio de los ciudadanos: *La cité pèse donc sur le discours, en lui imposant des normes mais surtout en s'imposant à lui comme seule et universelle instance de tout lógos*. Sólo en el discurso fúnebre de Hipérides, que constituye la excepción, la máxima alabanza recae sobre el estratega y sus soldados.

<sup>49</sup> Cf. *Menéxeno* 237b, y los discursos fúnebres de Lisias 17, Demóstenes 4 e Hipérides 7. Tucídides 2.36 habla de población estable y sólo usa «autéctono» referido a los habitantes de Sicilia. La autoctonía era motivo de propaganda en tanto que era una idea común que el linaje «puro» era mejor que los «mezclados». Esta idea, junto a la de su superioridad natural con respecto a los bárbaros (245c), aparece también en el *Menéxeno*, 245d. Pocas ciudades se vanagloriaban de ser autóctonas; según Helánico, además de los atenienses sólo los Arcadios, los Eginetas y los Tebanos: cf. Schepens 2001, p. 22.

hazañas que se rememoran en el discurso (son habituales las victorias sobre las Amazonas, las leyendas de los Heráclidas y los Siete contra Tebas y las Guerras Médicas<sup>50</sup>). Los atenienses gozan de concordia interna por su respeto a las leyes<sup>51</sup>, y de una vida agradable, gracias a los juegos y fiestas de los que disfrutaban a lo largo del año, a las instalaciones públicas y casas privadas que poseen<sup>52</sup> y a todo tipo de productos de la tierra, propios e importados. Su estilo de vida está organizado mediante la educación, pero, al contar con valentía innata, no necesitan someterse a penosos entrenamientos para enfrentarse a los peligros bélicos, como les sucede a otros. Atenas es una ciudad abierta, que no recurre a expulsiones de extranjeros por temor a que difundan informaciones relevantes para la seguridad de la *pólis*<sup>53</sup>. Los atenienses son amantes del buen gusto (*philokaloûmen met' euteleías*, Tucídides 2.40.1), capaces de atender a asuntos públicos y privados, y generosos en mayor medida que los demás.

Todas estas cualidades convierten a esta ciudad en un ejemplo (*paideusis*, Tucídides 2.41.1) para toda Grecia y en objeto de admiración para futuras generaciones. Este carácter ejemplar se fabrica a partir de la consideración de la ciudad desde su enfrentamiento a otras, es decir, identificando el bien común de la comunidad con la supervivencia de la misma frente a agresiones exteriores<sup>54</sup>; de ahí que los muertos a favor de

<sup>50</sup> Tucídides pasa por alto esta sección, indicando que esas hazañas son conocidas de todos (2.36 ss.), y se alarga especialmente en el elogio de la democracia ateniense. Y lo mismo hace Hipérides (6.35-39). Platón (239e) cita a las Amazonas y a los argivos, pero se extiende sobre todo en las Guerras Médicas. Lisias contiene la parte mítico-histórica más completa; en ella la sección destinada a las «Hazañas míticas» (§3-66) es la más amplia. Isócrates, como más adelante veremos (cf. §3.4), narra por un lado los combates de Atenas contra los griegos, y por otro contra los bárbaros, incluyendo aquí a los persas (§54-100).

<sup>51</sup> La armoniosa convivencia entre los ciudadanos se corresponde con la *eunomía* arcaica, que hacía alusión a las buenas leyes y sólidos valores de conducta. En la Atenas de la segunda mitad del siglo V implicaba, además, la libertad de los ciudadanos, que se plasmaba en su participación igualitaria en la *politeía*, cf. Sancho Rocher 1997, p. 113.

<sup>52</sup> Para una descripción del equipamiento público de las ciudades y de las casas de los ciudadanos, cf. Kolb 1984, pp. 119-140.

<sup>53</sup> Cf. Tucídides 2.39.1. Pericles hace aquí alusión a las *xenelasía*, costumbre muy antigua entre los espartanos, que se menciona también en 1.144.2 y en Aristófanes, *Av.* 1012-1013; Jenofonte, *Constitución de los lacedemonios* 14.4 y Platón, *Prt.* 342c-d.

<sup>54</sup> Sancho Rocher (1997, pp. 109 ss.) estudia las dos concepciones enfrentadas de la noción "bien común" que se aprecian en la época: si en Tucídides o en determinadas obras teatrales (Esquilo en *Siete contra Tebas* 10 ss.) se identifica el máximo bien del ciudadano particular en

la ciudad hayan hecho una hazaña similar a las heroicas y que, en comparación con esta hazaña, cualquier daño eventual que pudieran haberla causado durante su vida pierde valor (Tucídides 2.42.3). Este punto de vista permite tratarla como una unidad e ignorar en ella toda división interna<sup>55</sup>. Por otro lado, permite publicitar el valor, la *areté* político-militar, como la virtud por excelencia del ordenamiento político democrático y, dado que esa virtud es innata en los atenienses, Atenas, madre de sus ciudadanos, se convierte en la fuente de esa virtud, un primer motor inmóvil (Loraux 1993, pp. 340 ss.). El papel relevante que se otorga a esta virtud, así como su carácter innato y el gusto de los atenienses por la belleza recuerdan los valores tradicionales de la aristocracia, que se presentan reconvertidos en virtudes de los ciudadanos de la Atenas democrática y funcionan como señas de identidad comunitaria<sup>56</sup>.

Aunque la imagen de esta *pólis* que transmiten los discursos fúnebres presenta una realidad deformada y parcial, desde un punto de vista propagandístico fue un éxito rotundo: por un lado, guió a los ciudadanos atenienses en la elaboración de su propia imagen política y, por tanto, de sus acciones en relación con los demás griegos y con los bárbaros; por otro, y dado que no se encuentra en la literatura ninguna alabanza similar para otra *pólis*, contribuyó a que esta ciudad se erigiera, en tiempos posteriores, en símbolo de lo griego<sup>57</sup>.

su participación en la salvación colectiva, en otra corriente de pensamiento, que representaba Alcibíades, en la noción de patriotismo cabía el combatir a la propia ciudad, si ésta había sido injusta con él, y hacerlo con apoyos exteriores. Sería este planteamiento personalista e individualista el que explicaría el relieve que da Pericles a la ofrenda personal de los caídos por la ciudad.

<sup>55</sup> Como señala Loraux 1993, pp. 292-294, la ciudad que así resulta es una abstracción, la traducción política del Uno. Y, a su vez, esta abstracción permite ignorar las incesantes luchas civiles entre ricos y pobres por conquistar el poder que se dieron en las *póleis* a finales del siglo V a.C.

<sup>56</sup> Como Plácido (1997, p. 134) sugiere, es inevitable que el *dêmos* que ha llegado a una posición de poder asuma la ideología de los dominantes.

<sup>57</sup> Sí que debieron existir numerosas historias particulares de diversas *póleis*, pero de ellas sólo nos han llegado fragmentos. Estas historias locales presentaban la mejor cara de la ciudad, ya que eran realizadas por un ciudadano o por un historiador profesional contratado *ad hoc*, que no reparaba en elogios, acercando el género al elogio profesional; cf. Schepens 2001, *passim* y especialmente 23. Por otro lado, es sabido que de los ciento cincuenta estudios sobre las constituciones de diferentes ciudades griegas que se realizaron en la escuela de Aristóteles, sólo una, precisamente la de los atenienses, haya llegado hasta nuestros días.

3.2. La imagen idealizada y paradigmática de Atenas se encuentra también en las tragedias en general<sup>58</sup> y, particularmente, en dos elogios explícitos de esta ciudad, que ya hemos tratado en otro lugar<sup>59</sup>. El primero está en boca de las mujeres corintias de la *Medea* de Eurípides, obra que se representó en el 431 a.C., cuando todavía Atenas era una potencia. Dentro de la tónica de la alabanza, se seleccionan para este elogio los temas que convienen a la trama y a la situación política del momento: por mediación de su antepasado mítico (Erecteo/Erictonio) los atenienses tienen el privilegio de ser autóctonos y descendientes de dioses. La protección que las divinidades conceden a Atenas se manifiesta en su imbatibilidad en la guerra y en la sabiduría que les adorna. Los Amores/Afrodita les otorgan su amor por las cosas bellas y les regalan con un clima moderado. Por último, Eurípides, por adecuación a la trama, tiene buena ocasión de resaltar la *philoxenia*<sup>60</sup>, una característica mítica, pero también real de la Atenas contemporánea, que invitaba a sus aliados a participar en las Panateneas y se consideraba el centro de la actividad cultural.

En este elogio se publicitan los mismos valores que aparecen en el discurso fúnebre, pero su formulación es diferente, ya que está inserto en la tradición poética, donde es indispensable la presencia del mito, que está ausente en los discursos epitafios. Esta presencia, junto con un énfasis todavía mayor en la presencia divina en la ciudad, es igualmente visible en el elogio de Atenas/Colono del *Edipo en Colono* (vv. 668-719), que

<sup>58</sup> Así Esquilo convierte el canto de duelo de los persas ante la derrota en un elogio de los vencedores. Y Eurípides trata elogiosamente la figura de Teseo, el rey responsable del sinecismo ateniense, que llegó a ser el símbolo del nuevo régimen desde la segunda mitad del siglo V a.C. (*Suplicantes* 352-353). En la tragedia, no obstante, la imagen idealizada de Atenas no es tan uniforme como en el discurso fúnebre, cf. Vernant, 1972, *passim* y particularmente en p. 25. Por otro lado, los aspectos negativos que podían causar la ruina de la ciudad se representan en otra *pólis*, Tebas, la cuna de los *Spartoi*, que acaba destruyéndose a sí misma; para el contraste entre Tebas y Atenas, cf. Zeitlin 1996, p. 298, nota 36, con la bibliografía allí citada; 304 y 337.

<sup>59</sup> Cf. Redondo Moyano 2008, pp. 359-364.

<sup>60</sup> Aparece también en otros trágicos, como Esquilo, *Supp.* 625ss., *Eu.* 916 ss. y Sófocles, *OC* 668 ss. Sobre el carácter contrapuesto de los dos ideales que constituyen las fuentes de orgullo nacional que se publicitan en estos discursos, la autoctonía –que garantizaba la defensa del territorio por parte de un número limitado de ciudadanos– y la *philoxenia* –que admitía a otros–, cf. Zeitlin 1996, pp. 331 ss.

se representó tras la muerte de Sófocles (401 a.C.) y tras la derrota de Atenas por Esparta. Está también a cargo del coro, como en el caso de Eurípides, y, también como en él, se canta a propósito de una acogida, en este caso la de Edipo por parte de Teseo. De Atenas se destaca que cuenta con la protección de Posidón, que dotó a la ciudad con corceles excelentes; con la de Dioniso, que le proporciona vid y hiedra, las cuales crecen en sus protegidos y feraces valles; con la de Core y Démeter que regalan a la ciudad sus abundantes cereales; con la del dios-río Céfiso, que se reparte en numerosas fuentes fertilizando todo; con la de las Musas y Afrodita, que le proporcionan su relevancia intelectual y con la de Zeus y Atenea, protectores del abundante olivo, árbol autóctono del Ática, como los propios atenienses, y, como ellos, indestructible<sup>61</sup>, que causa terror a los enemigos (convertido en arma) y alimenta a los hijos de los atenienses. Atenas, «ciudad madre», recibe su especial lustre de sus buenos corceles y del dominio del mar, regalos de Posidón, que inventó para ella el freno que doma a los primeros y el remo que se necesita para el segundo.

En un momento en que la derrota de Atenas convertía en improcedente la propaganda del régimen democrático que había conducido a ella, Sófocles se refugia en la tradición poética para construir este hermoso canto, que difunde un mensaje de esperanza sobre la desolada ciudad, al dejar constancia de los numerosos bienes naturales con que cuenta. Ofrece así un punto de vista complementario al de los discursos epítafios, que sólo consideraban como valor a las personas e ignoraban los recursos con los que la ciudad había construido su gloria.

3.3. Este mismo punto de vista es el que tiene en cuenta Jenofonte (430-355 a.C.), aunque en un tratado de naturaleza económica, *Los ingresos públicos o las rentas*, escrito también en la postrimerías de su vida y con un espíritu similar al que animaba a Sófocles: el de mostrar cómo podía Atenas alcanzar la autarquía en el terreno económico, tras el desastre de la gestión durante la época del Imperio. Se destaca, primero, la bondad del medio natural en el que Atenas se asienta (1.2-8) y de su

<sup>61</sup> Heródoto (8.55) al contar que el olivo del Erecteion de la Acrópolis, que había sido quemado por los persas, brotó de nuevo al día siguiente, abrió el camino para la leyenda de que era imposible destruirlo mediante la violencia.

clima, la fertilidad de sus campos y su riqueza en mármol (Pentélico) y en plata (Laurión). Y, en segundo lugar, lo privilegiado de su situación, en dos aspectos: por un lado, porque se asienta en el centro de la Hélade y de todo el mundo habitado<sup>62</sup>, por otro, porque, siendo tierra firme, tiene las ventajas de una isla<sup>63</sup>, de manera que disfruta de las ventajas del comercio por tierra y por mar.

La autarquía era otra forma de entender el "bien común" de la *pólis*, en tanto que buscaba la supervivencia de la misma al margen de la influencia exterior. No contribuía a que la ciudad dominara a otras, pero sí a evitar que ella misma fuera objeto de dominación (Sancho Rocher 1997, p. 112). En una época en que Atenas había perdido su poder político y económico se busca fundamentalmente, su supervivencia como *pólis* autónoma, pero los intelectuales de Atenas lograron dotarle de otra superioridad, la centralidad. Esta idea fue aplicada a distintos lugares en la antigüedad y contenía un simbolismo básico: ser un lugar en que lo humano y lo divino convergen<sup>64</sup>, lo que le hacía ser superior a los demás y modélica para ellos.

3.4. Una de las tácticas propagandísticas más exitosas consiste en exponer el producto que se vende como superior a otros de similares características, de los que se resaltan sus defectos. Esta táctica se usó también en la política de propaganda ateniense en la relación con la *pólis* que competía con ella en grandeza: Esparta. La corriente antiespartana se refleja en el teatro en obras como *Heráclidas* (posterior 430 a.C.)<sup>65</sup> de

<sup>62</sup> E. Oudot (1992, pp. 101-111) constata las escasas apariciones de Atenas en las novelas y su rol secundario en las mismas, e interpreta esa ausencia por la finalidad de diversión que busca el género novelesco, que no le permite *s'ancrer dans la ville de la rhétorique et de la transmission de la culture* (107) y por el *désir* (del género) *d'affirmer l'indépendance* (107). Sin embargo, esta ausencia no es de extrañar porque la novela griega sitúa las "aventuras" de sus personajes en "los márgenes" (*eschatiaí*, Lalane 2006, pp. 109-117), es decir, en el territorio poco hospitalario de las fronteras del mundo civilizado. Este territorio, es *per se* incompatible con la situación de centralidad que se publicitaba para esta ciudad en otros textos literarios.

<sup>63</sup> Este mismo motivo aparece también en *La República de los Atenienses*, 2.2 y 2.14 ss.

<sup>64</sup> Cf. Oliver (1968, p. 95) y M. Eliade (1995, pp. 20-23). Esta situación central es la que le otorga su buen clima, ya que, según Jenofonte, «cuanto más alejados están algunos países, con tanta mayor crudeza encuentran el frío y el calor», 1.16, trad. de Guntiñas Tuñón 1984.

<sup>65</sup> Euristeo, vencido por los atenienses, profetiza la traición de los Heráclidas con respecto a Atenas (vv. 1032-1036).

Eurípides y entre los discursos fúnebres, en el de Lisias, que rezuma odio contra la hegemonía lacedemonia. Una obra singular desde este punto de vista es el *Panatenaico*<sup>66</sup> que Isócrates (436-338 a.C.) escribió poco antes del fin de sus días (339 a.C.). La finalidad declarada de la obra, expuesta en la Introducción, consiste en mostrar que Atenas ha procurado mayores beneficios a los griegos que Esparta (§24). Para realizar esta demostración se anuncia que se utilizará el procedimiento de comparar ambas *póleis*, buscando con este método encontrar la verdad (§40-41)<sup>67</sup>.

En una primera sección (§40-107), se hace un repaso de la historia de ambas ciudades, desde la invasión doria hasta las Guerras del Peloponeso, reinterpretándola a la luz de dos claves: "relaciones con los demás griegos" y "relaciones con los otros (los bárbaros)". En la actuación de Atenas con los demás griegos se destaca que buscó siempre la amistad y el bienestar de éstos y que enseñó a gobernar sus ciudades, mientras que los lacedemonios buscaron sólo su beneficio particular y se dedicaron únicamente a la guerra y a la sumisión de las demás ciudades del Peloponeso, salvo a los argivos. Con respecto a los bárbaros, por el contrario, los atenienses mantuvieron siempre una actitud hostil, que se remonta a la guerra contra Troya, y que se manifestó especialmente en las guerras contra Jerjes; por el contrario, los lacedemonios pactaron con los persas. Cuando el enfrentamiento entre ambas ciudades se produjo, de Atenas se destaca que pudo resistir 10 años, aunque era atacada por griegos y bárbaros. Tras la derrota, su superioridad se manifestó en la prontitud de su recuperación. Por el contrario, los lacedemonios acabaron siendo vencidos en una sola batalla (Leuctra, 371 a.C.).

Dentro de esta sección histórica presenta este discurso la novedad de abordar y refutar algunos sucesos que niegan o ponen en entredicho esta interpretación favorable a Atenas: los juicios y tributos a los que sometió a sus aliados o los sufrimientos que les causó (como los que padecieron

<sup>66</sup> Es decir, un discurso elaborado para ser representado en las fiestas más antiguas e importantes de Atenas, dedicadas a su diosa protectora, Atenea, que se celebraban en la segunda mitad del mes de julio (entre el 23 y el 30 del mes de *hecatombeón*).

<sup>67</sup> La comparación entre ambas ciudades-estados aparece también en otros discursos de alabanza de Atenas, como el de Tucídides, donde se dedica un apartado (2.39.1-2) a exponer las diferencias entre Atenas y los lacedemonios en el sistema de preparación de la guerra.

los melios). Todos ellos son explicados como errores, de los que no están libres ni siquiera los dioses. Y, de nuevo, estos errores se minimizan por medio de la comparación con Esparta. Esta *pólis* ha sido mucho más cruel, ya que ha matado a muchos más griegos y sin la mediación de juicios, y ha destruido muchas ciudades, famosas algunas por su lucha contra Troya, las cuales tenían, en ocasiones, su mismo origen (alusión a Platea). Por último, se expone también una acusación que les ha hecho a ambas, a Esparta y Atenas: el no permitir que las demás ciudades fueran autónomas y gobernaran como a cada una le conviniera. Esta acusación es resuelta también a favor de los atenienses, con la argumentación de que nadie puede demostrar que ellos intentaran gobernar sobre ciudades aliadas, salvo en situaciones muy contadas, en las que, precisamente, imitaban el comportamiento de los espartanos quienes, desde su llegada al suelo heleno, sólo pensaron en cómo dominar a todos, o, al menos, a los peloponesios, causando desgracias y enfermedades a sus ciudades.

Una vez revisado el pasado, Isócrates compara los dos regímenes políticos de ambas *póleis* en el momento en que escribe (§108-176) y la balanza se inclina, de nuevo, a favor de Atenas: de ella se alaba la democracia instaurada por Solón y Clístenes, de la que se da una visión histórico-mítica que se remonta a la monarquía, destacando como valores su autoctonía y su gobierno basado en la piedad para con los dioses y la justicia para con los hombres. La constitución espartana, que la tradición atribuía a Licurgo, es también reconocida como fuente de aspectos beneficiosos, pero el origen de éstos se atribuye a los antepasados de los atenienses, de quienes Licurgo los imitó, estableciendo una mezcla de democracia y aristocracia (§153)<sup>68</sup>. Del sistema de gobierno espartano (§177-185), cuyo análisis se remonta a la llegada de los dorios al Peloponeso, se critica la esclavitud a la que sometió a los antiguos ocupantes de la tierra y las muertes sin juicio, las cuales entre los demás griegos ni siquiera están admitidas para los servidores de probada maldad.

<sup>68</sup> Uno de los problemas de Isócrates es la complejidad de su pensamiento político, que expresó de modos diversos en sus obras y ha dado lugar a interpretaciones múltiples: cf. Guzmán Hermida 1979, pp. 16-31. En todo caso, ya Tucídides había usado casi los mismos términos (combinación de oligarquía y democracia, 8.97) para describir la constitución de Terámenes del 411-410 a.C.

La comparación de la actitud de espartiatas y atenienses (§186-199) ante los conflictos bélicos, se resuelve de nuevo a favor de los segundos: mientras los primeros buscan apoderarse de lo ajeno, los atenienses buscan el prestigio entre los griegos; mientras los primeros participaron escasamente o nada en las guerras en las que los griegos eran atacados, los segundos se implicaron y obtuvieron destacadas victorias, que les proporcionaron grandes riquezas y la hermosa fama de que disfrutaban. Estas victorias, no obstante, no les condujeron a la arrogancia y el engreimiento, sino que se mantuvieron fieles a sus costumbres, de manera que llegaron a ser más admirados por su prudencia y constancia que por el valor demostrado.

Si hasta éste momento se ha desarrollado la comparación anunciada en la Introducción, la originalidad de este discurso consiste en que se encuentra también en él un elogio de Esparta. Isócrates lo atribuye a un alumno suyo, que le manifestó su discrepancia con la imagen de Lacedemonia que en él se daba, cuando le permitió leerlo mientras lo corregía (§199-265). Aunque esta atribución disminuya la validez de lo que en él se dice, por comparación con la teoría del maestro<sup>69</sup>, el caso es que Isócrates deja constancia de los argumentos en que se basaba la propaganda de Esparta y ello continuando con el método comparativo, que permite dejar en evidencia los defectos de Atenas. Los lacedemonios han hecho al menos un bien a los griegos, el descubrir las mejores costumbres y el practicarlas y transmitir las a otros (§202). Estas costumbres son los ejercicios gimnásticos, el valor, la disciplina y la dedicación a la guerra (§217). Muchos piensan que los lacedemonios tienen mejores cualidades que los atenienses, ya que son orgullosos y belicosos, y los orgullosos son más grandes que los caudillos de la igualdad de derechos y los pacíficos (es decir, los demócratas), porque aquéllos pueden adquirir bienes y ser buenos guardianes, mientras que éstos no (§242). En claro paralelismo con la anterior alabanza de Atenas, se refuta que la ambición que se les atribuye sea algo negativo, ya que el deseo de tener más es algo común a todos (§244). La dominación a la que sometieron al resto de las ciudades dorias, se alaba como una hazaña admirable (§254). Y, sobre todo, se resalta que ellos mismos nunca se vieron sometidos, y que

<sup>69</sup> Y aunque Isócrates introduzca alguna crítica a la visión de su discípulo, como en §209-212, donde se desautoriza a los lacedemonios como guías de las costumbres más hermosas.

en su ciudad no hay revueltas, ni cambio políticos, ni destierros producidos contra la ley, ni saqueos de bienes, ni ultrajes a mujeres y niños, ni abolición de deudas<sup>70</sup> o repartos de tierra (§259). El tono general de contraste que tiene este discurso es suficiente para entender que estos aspectos positivos de Esparta son otros tantos defectos de Atenas. Al final de la sección, el discípulo que lo pronuncia se jacta de la fama que obtendrá gracias a él y de que, cuando acabe su vida, participará de la inmortalidad de los que han realizado una hermosa empresa: el haber elogiado a ambas ciudades con belleza y conveniencia, a una (Atenas), conforme a la fama que tiene entre la mayoría; a otra (Lacedemonia), por medio de la reflexión de quienes buscan la verdad (§260-261).

Tenemos en estas últimas palabras el reconocimiento expreso del éxito de la propaganda ateniense, que había sabido extender una determinada imagen de sí misma a la mayoría: es la fama, que ya no se puede eludir, y que, según el discípulo de Isócrates, no siempre respondía a la verdad. En todo caso, este discurso, que fue pronunciado un año antes de que Atenas y Tebas fueran derrotadas por Filipo II de Macedonia, al conjugar la alabanza de Atenas y de Esparta, reunía y dejaba constancia de los valores que defendían el conjunto de los griegos y lo hacía en el marco ciudadano de las fiestas más importantes de Atenas.

#### 4. Elio Aristides: la propaganda del helenismo en el Imperio

En el año 338 a.C. tuvo lugar la batalla de Queronea y las *póleis* griegas perdieron su independencia, primero por las conquistas macedonias, luego por las romanas. No obstante, durante la época helenística el modelo cívico heleno, con sus instituciones características, fue difundido más allá de sus confines tradicionales, en los reinos greco-macedonios, y se consideró digno de imitar, en tanto que medio en el que se daba la vida civilizada, por todos los pueblos de la tierra habitada, la *oikouménē*<sup>71</sup>. Nuevas y antiguas ciudades compartieron desde entonces la

<sup>70</sup> Isócrates debe referirse aquí a la constitución de Solón del año 594 a.C., donde se abolicieron las hipotecas y la esclavitud de los deudores (*seisáktheia*).

<sup>71</sup> Lalane 2006, pp. 24 ss. La pista de los discursos fúnebres se pierde tras Hipérides. Aunque se conserva algún dato que permite conjeturar la existencia de algún elogio de ciu-

cultura cívica griega, tanto en los aspectos materiales (construyendo edificios característicos como gimnasios, teatros, etc.), como en los más abstractos, como la *paideía* (Erskine 2007, p. 280).

Durante la época imperial hubo un renacimiento generalizado de la cultura griega (Segunda Sofística), que tuvo su máximo momento de esplendor en el siglo II. Las ciudades de las provincias orientales, en las que se hablaba griego y donde se desarrollaba con fuerza el movimiento cultural helenizante, conocieron entonces una época de gran apogeo<sup>72</sup>, llegaron a ser las más ricas del imperio y consagraron muchos esfuerzos a ser consideradas las mejores en su provincia, a obtener privilegios nuevos o a que se reconociera su estatuto de herederas de la historia común de Grecia<sup>73</sup>. Aunque Grecia propiamente dicha no llegó a alcanzar las cotas de prosperidad de las que había gozado en tiempos pasados, recibió, en virtud de su glorioso pasado, dones especiales de distintos emperadores, entre los que destaca Adriano (76-138), quien apoyó, en general, la economía, las letras, el comercio y el urbanismo helenos, además de dotar a Atenas de un rango especial: por un lado, la hizo sede de la institución del *Panhelénion* o Confederación de Todos los Griegos, lo que la convertía en algo similar a vicecapital imperial; por otro, la dotó de diversos edificios, como una biblioteca, un gimnasio o un pórtico, con la

dad, parece que en la época helenística el interés por las ciudades se manifestó preferentemente en investigaciones mitológicas, históricas y geográficas, leyendas y fundaciones, historias locales y periégesis (Pernot 1993, pp. 44-45). En la época bizantina este género de discursos volvió a cultivarse, representándose en funerales o ceremonias de recuerdo (Jeffreys 2007, pp. 174-175).

<sup>72</sup> Uno de los aspectos de este renacimiento fue el urbanístico y arquitectónico: en los gimnasios se construyeron termas, salas para recibir lecciones o las demostraciones de oratoria de los rétores e, incluso, para eventuales visitas del emperador. El ágora y el teatro se romanizaron. Se construyeron bibliotecas, puertas y edificios monumentales: avenidas porticadas, templos, tumbas, ninfeos, exedras ... todos ellos embellecidos por estatuas. Las instalaciones hidráulicas –acueductos, cisternas, fuentes...– se multiplicaron y proporcionaron mejores condiciones de vida a la población. Las ricas mansiones de los adinerados conciliaron el esquema griego (*pastás*) y el romano (*atrium*) y se ampliaron con un *tablinum*, *triclina* y salas de baño, a la vez que se cubrían de mosaicos; cf. Elio Aristides, *En honor de Roma* §97.

<sup>73</sup> La institución del *Panhelénion*, estructura federal creada en el siglo II por Adriano, tenía, entre sus funciones, la de expedir esta cualificación de helenismo a las ciudades que lo solicitaran, así como la autorización a participar en los Juegos Panhelénicos de la Grecia continental.

intención declarada de imitar la ciudad de Teseo (Lalane 2006, p. 39, Cortés Copete 1997, pp. 275-276).

En paralelo a este resurgimiento de las ciudades, se documenta una práctica asidua del elogio de las mismas (Pernot 1993, p. 188). Entre las décadas de los 50 y los 70 del siglo II<sup>74</sup>, el sofista Elio Aristides (129-189) dedicó a esta ciudad un *Panatenaico*<sup>75</sup>, en el que, a la vez que seguía la tradición de Isócrates y de los discursos fúnebres de la época clásica, cultivaba el género más en boga dentro de la retórica, el panegírico<sup>76</sup>.

En el proemio (§1-7) Aristides expone el objetivo concreto de su discurso: agradecer a los atenienses su labor *tropheîs* ("benefactor", "ayo"<sup>77</sup>) de la Hélade, especialmente en el ámbito de la educación en artes y retórica. Efectivamente, dentro del dominio político y militar romano al que estaban sometidas todas las provincias del Imperio, este discurso está destinado a publicitar las excelencias de los valores del helenismo, que en este discurso están encarnados en la ciudad de Atenas. Aunque esta ciudad ha recibido ya muchos elogios, el suyo está justificado porque va a exponer todos los valores que pueden destacarse en ella, en lo cual se diferencia de los demás que sólo han destacado algunos<sup>78</sup>.

<sup>74</sup> El *terminus ante quem* es el año 170 (Oliver 1968, p. 33); no hay, sin embargo acuerdo sobre la fecha; un resumen de las distintas propuestas se encuentra en Gascó & Ramírez de Verger, que proponen el 155 (1987, pp. 64 y 107, n. 1).

<sup>75</sup> En §188 Aristides hace alusión a las fiestas panatenaicas y pide para su discurso, que es muy largo, la misma disposición de ánimo que se tiene ante las competiciones atléticas, es decir, que se disfrute de él como de un espectáculo. Efectivamente, las exhibiciones retóricas de los sofistas estaban incluidas entre las distracciones de que gozaban los habitantes de las ciudades.

<sup>76</sup> Reardon 1971, 137 ss., estudia las analogías entre éste y otros panegíricos de Aristides, como el dedicado a Roma, o a Cícico, concluye que tiene la misma forma que éstos.

<sup>77</sup> Sobre el significado de este término, cf. Gascó & Ramírez de Verger 1987, p. 113, n. 1. En 108 se señala la complementariedad de este discurso, en el que se elogiaba a la ciudad que había dado alimento espiritual al occidente civilizado (*The Civilizing Power*), con el dedicado a Roma, en el que se elogiaba el ordenamiento político y administrativo (*The Ruling Power*). En éste último, muestra Aristides que el Imperio Romano es el mejor marco político para Grecia; en el primero, tomando a Atenas como metonimia de toda la Hélade, se insiste en la labor educadora de esta ciudad sobre todo el mundo civilizado (Cortés Copete 1997, pp. 277-282).

<sup>78</sup> Mansuelli (1974, p. 189) señala que los poetas latinos de la época de Augusto tratan la ciudad en todos sus aspectos (lugar, arquitectura, fundación, historia, cualidades de los habitantes) pero que ninguno incluye todos en una misma obra. El tratamiento más completo se

La naturaleza benigna del lugar (§8-23) en que Atenas está situada es acorde con la filantropía de sus habitantes, que siempre habitaron sobre ella, y ella nunca perteneció a otros. Aristides combina con habilidad el tópico del lugar con el de la naturaleza de sus habitantes, en una interpretación que se remonta al pasado glorioso de la ciudad e ignora tanto hechos históricos, como la realidad presente. Esta actitud, que no sólo es propia de este rétor, sino de la época<sup>79</sup>, tiene como objetivo crear una imagen específica de Grecia, destinada a la clase letrada filohelenizante que habitaba las ciudades orientales del imperio romano y la propia Roma. Desde el propio comienzo del discurso, se apunta la supremacía de Atenas, un continente entre islas sobre las que «en tiempos helénicos» ejercía legítima soberanía. Y se destaca su físico acogedor, que recibe a cuantos vienen del mar en sus playas, fondeaderos y puertos. Por ello, recibe a numerosos visitantes, que acuden a ella por el comercio, en busca de conocimiento o por necesidad<sup>80</sup>. Es una tierra central, en torno a la cual se extienden los helenos, tanto del continente como de las islas, que evitó lo extranjero y lo bárbaro enviando «otra Hélade», como colonia, al continente de enfrente, donde sus descendientes todavía se diferencian completamente de los bárbaros. Su carácter no mezclado ha hecho que la ciudad siempre haya mantenido sus costumbres puras e incorruptibles, como su lengua «clara, pura y agradable, modelo del trato entre los helenos». Nos encontramos aquí en una nueva formulación de la autoctonía, que añade al valor de lo no mezclado el de permanecer sin cambios: el ejemplo con que se ilustra, la pervivencia del ático de la época clásica en la literatura en griego del Imperio, se debió precisamente a la profunda admiración que desde la época helenística se sintió por esas obras, interés que llevó a los intelectuales de la Segunda

encuentra en las *laudes Italiae* de Virgilio (*Geórgicas* 2.136-176), pero referido a un país, no a una ciudad; para componerlo Virgilio se basó, al igual que Elio Aristides, en la tradición poética anterior y en la observación misma de las cosas. Ese mismo trabajo sería más tarde realizado por la retórica, en el tratado de Menandro el Rétor que mencionamos al final de este trabajo.

<sup>79</sup> Cf. Cardete del Olmo 2007, pp. 29-39, especialmente 30, referida a Plutarco.

<sup>80</sup> Pernot (1993, pp. 197-202) deja constancia del gran gusto por el turismo propio de la época. Por otro lado, Atenas seguía siendo la capital intelectual del Imperio y a ella acudían numerosos estudiantes de todas las partes del Imperio para recibir educación superior, particularmente retórica y filosófica.

Sofística a imitar este dialecto a partir de las obras más significativas de los siglos V y IV a.C. Por otro lado, su "centralidad" es, como en Jenofonte, un signo de su preeminencia: la Hélade está en el centro de la tierra, el Ática está en el centro de la Hélade, Atenas en el centro del Ática y su acrópolis en el centro de la ciudad. Como tierra central que es, disfruta de un buen clima, en aires y estaciones<sup>81</sup>, gracias a la cual sus campos, costeros o interiores, llanos o montañosos, son de excepcional belleza; y sus ríos y fuentes propician la abundancia en frutos. De sus bellas montañas sale la piedra<sup>82</sup> que dio lugar a la costumbre de construir hermosos templos y estatuas, y la plata, que hace que en toda el Ática no haya partes improductivas<sup>83</sup>.

Una vez situada la ciudad, Elio Aristides construye su discurso siguiendo un esquema similar al del elogio de personas<sup>84</sup>: linaje, crianza y educación, y obras, en las que se reflejan sus virtudes. Como era tradición desde los discursos fúnebres, se elogia siempre a la colectividad y muy raramente se cita a individuos.

En cuanto a su linaje (§24-30) se reseña de nuevo la autoctonía: la tierra, primera patria de los hombres, los engendró los mejores en todo. Por ello, sólo los atenienses pueden jactarse de la pureza de su linaje y sólo en ella es lícito distinguir entre ciudadanos y extranjeros.

Como una madre, Atenas dispuso la crianza y educación<sup>85</sup> (§31-39) de sus hijos, aportando lo material que necesitaban, mediante su fertilidad, y añadiendo a esto el cultivo de las artes. Los atenienses imitaron esta disposición de su madre y fueron, como Heracles, solícitos con las necesidades de los demás hombres, extendiendo entre ellos los dones que

<sup>81</sup> El poseer un clima agradable era propio de las regiones a las que se consideraba centrales desde la época clásica: cf. Pernot 1993, p. 206 y n. 454. A su vez, las cualidades de los hombres se explicaban por el clima: cf. Hipócrates, *De aer. aquis locis*, 12 y Plinio el Viejo, *Hist. Nat.* II.189-190.

<sup>82</sup> El mármol del Pentélico y del Himeto.

<sup>83</sup> El carácter literario y propagandístico de esta imagen de Atenas, visible en todo el discurso, se hace especialmente patente en este dato, ya que Estrabón (9.399) y Plutarco (*Moralia*, 434a) dejan constancia de que las minas de plata estaban ya agotadas.

<sup>84</sup> Para el elogio de los seres inanimados, se prescribía, ya desde Aristóteles (*Retórica* 1366a27-32), que debía ser similar al de los seres vivos, adaptándolo a su nuevo objeto.

<sup>85</sup> La personificación de la ciudad que aquí se manifiesta es visible también en otros aspectos, como en la atribución de cualidades sólo propias de personas o en diversas metáforas y comparaciones (Pernot 1993, pp. 193-194).

habían recibido. Fue la primera ciudad entre todas en establecer competiciones para todos y un premio por su buen obrar.

La sección dedicada a las obras está dividida en varios apartados. En el primero de ellos se considera la relación de Atenas con la divinidad. Esta privilegiada ciudad, y sólo ella, fue objeto de un trato especial por parte de los dioses (§40-48); dos se disputaron su protección y venció Atenea, sin que por ello su contrincante, Posidón, dejara de amarla. La primera le otorgó su nombre y el segundo que venciera en las batallas. Atenea, además, le concedió la sabiduría y el bastarse a sí misma en la paz y en la guerra; le enseñó la oratoria, el orden de las leyes y una constitución exenta del poder de la violencia. A partir de estas donaciones se descubrieron todos los saberes y aparecieron los diversos modelos de vida de los hombres. La misma diosa enseñó, además, a los atenienses la utilidad de las armas y armaduras; los carros de caballos, útiles para las carreras y para la guerra. Después, con motivo de la visita de otros dioses, se instauraron en la ciudad las fiestas religiosas y civiles, así como las asambleas de todo el pueblo. El conflicto que tuvo lugar entre Posidón y Ares, que los Olímpicos juzgaron en suelo ateniense, dejó como recuerdo el nombre de uno de los dioses implicados, pasando a llamarse Areópago, lugar donde parece encontrarse un claro conocimiento de lo justo y lo más próximo a los dioses. En toda esta sección dedicada a la relación de Atenas con la divinidad Aristides aprovecha y la reinterpreta diversos tópicos conocidos para hacerlos converger en la expresión de la superioridad de esta *pólis* en el ámbito cultural panhelénico.

En su relación con los demás (§49-74), la principal característica de los atenienses es su filantropía, su disposición a actuar a favor de las demás ciudades y de la comunidad griega en general. Acogieron siempre a los extranjeros que pasaban por momentos de necesidad procedieran de donde procedieran (como los heráclidas, y otros muchos), siendo para todos ellos como una patria común, como el linaje común heleno. Al recibir a Apolo Pitio, intérprete común de los griegos, Atenas difundió lo helénico por toda la tierra: primero limpió el mar que le rodea de piratas y bárbaros; luego habitó el círculo de las seis islas de alrededor de forma estable e hizo posible surcar el Egeo, llevando a Asia muchas y grandes colonias, que imitan a la metrópoli, de manera que sus descendientes se extienden desde Masalia y Gadir (Marsella y Cádiz) hasta el Tanais y el Lago (Danubio y el Mar de Azov). A su carácter de líder del

ámbito cultural panhelénico que se había señalado en el apartado anterior, añade ahora Aristides una expansión de la cultura griega por todo el orbe conocido, las costas del Mediterráneo, que estaban bajo el Imperio Romano.

La mayor parte de este discurso (§75-319) está ocupado por las hazañas militares que realizaron los atenienses a lo largo de su historia. Según cuenta Aristides (§75), esta narración era la parte más esperada por el auditorio. Aunque el dominio político y militar de Roma era incuestionable en el presente, en este apartado se mostraba que Atenas, es decir, los griegos, habían sido capaces de realizar en el pasado importantes hazañas bélicas. Se narran aquí las hazañas legendarias y más antiguas (§75-91), las realizadas en las Guerras Médicas (§92-209), en la guerra a favor de los helenos (§210-263), en la guerra del Peloponeso (§228-263), en las guerras helénicas (§264-313) y en las guerras con Filipo (§314-316). Y, en el transcurso de esta narración, se van poniendo de manifiesto las virtudes de los atenienses: su piedad, fortaleza, constancia, prudencia, magnanimidad, y, de nuevo, su filantropía, que se manifiesta no sólo como ciudad o colectividad, sino también en los ciudadanos individuales. Si en la mayor parte de estas acciones bélicas los atenienses obtuvieron el éxito, a pesar de tener condiciones no siempre ventajosas, fue porque recurrieron a lo que era específicamente suyo, la decisión y el raciocinio (§176-177). Debido a este éxito y a sus virtudes, Atenas se convirtió en líder natural de los griegos, lo que le llevó a procurar extender entre ellos su modo de vida, su constitución (§308). Esta sesgada interpretación del Imperio ateniense se refuerza comparando a Atenas con «los buenos amos», que no reciben el agradecimiento de nadie por su benignidad singular, pero que, cuando fuerzan a algo, parecen cometer violencia. Como en Isócrates, se admite que, dentro del beneficio que aportaron a todos los griegos, los atenienses pudieron tener algún tropiezo –como lo tienen los mismos dioses–, que en ningún caso puede deslucir su buen hacer general (311). En el cierre de esta narración de las hazañas militares (§317-319), se da como prueba del beneficio colectivo que procuraron el hecho de que en el momento en que se pronuncia el discurso todos se inclinan hacia su género de vida y hacia su lengua (§322), que se considera común a todo el linaje humano civilizado (§324), por el valor de la educación que ella difunde, educación que es para Aristides «el gran imperio de los atenienses» (§327):

efectivamente, el caudillaje de los atenienses se manifiesta en la educación y sabiduría que ella posee (§330) y que la convierte en la patria verdadera y primera de todos (§330), por lo que ha merecido un respeto continuo a lo largo de su historia (§331-334).

Sólo en la recapitulación del discurso (§335-401), se hace una alusión al imperio romano, que es «el mejor y el más grande»<sup>86</sup>, aunque dentro de él Atenas tiene la superioridad en todo lo helénico, según se manifiesta en la honra que recibió de parte de los dioses, en su piedad y en el trato siempre beneficioso para con los demás hombres, de quienes ha sido maestra en todos los ámbitos fundamentales de la existencia. Esa superioridad es evidente en el lugar en que está ubicada, en su clima, en sus dimensiones, en los edificios que contiene (entre los que se hace una especial mención de sus bibliotecas<sup>87</sup>), en las obras de arte que atesora; todo ello la lleva a «vencer por la vista» a todas las demás ciudades. Pero su preeminencia queda especialmente en evidencia cuando se analizan las constituciones, ya que fue Atenas la que descubrió y propuso los tres sistemas de gobierno que existen, la monarquía, la aristocracia y la democracia, así como las diferentes combinaciones que se dan entre ellas<sup>88</sup>. Fue también la primera ciudad que nunca privilegió a los ricos, ni menospreció a los pobres pero virtuosos, entendiendo que era mejor conceder las magistraturas a los más aptos por naturaleza. Su excelencia se aprecia en las campañas militares, en los festivales, en las asambleas, en la administración de la ciudad, en su carácter acogedor, en sus gobernantes, en la práctica de la oratoria y de la filosofía. Es respetada por todos y cuenta con el apoyo divino. Aunque es la ciudad que más elogios ha recibido, ninguno de ellos ha estado a la altura de lo que ella merece. En la peroración (§402-404) final se hace un uso magistral del tópico de la envidia que se siente ante lo excelente: se pide a todos los helenos que no experimenten este sentimiento, que suele ser destructivo,

<sup>86</sup> Según una teoría, que tuvo un gran éxito propagandístico, habían existido cuatro imperios que abocaron en uno imperecedero, el de los romanos, cf. Gascó & García de Verger 1987, p. 234, n. 274.

<sup>87</sup> Cf. Oliver 1978, p. 145, donde se mencionan las bibliotecas que fueron donadas a Atenas a lo largo de su historia, y el elogio que suponía para Atenas ser sede de ellas, ya que la situaba a la altura de otras ciudades como Alejandría o la propia Roma.

<sup>88</sup> Aristides establece aquí un paralelismo con la teoría de los cuatro elementos que componen el universo, tal como aparece en el *Timeo* (32c) de Platón.

con respecto a la ciudad, sino que participen de su engrandecimiento y se sientan orgullosos de ella.

En este discurso, Aristides, basándose en modelos literarios del pasado, que reinterpreta introduciendo ligeros cambios, y en la moda panegirista que estaba en boga en su época, construye la imagen de lo griego que la sociedad de su tiempo, que se consideraba sucesora suya, deseaba. Roma necesitaba de las aristocracias filohelenas para gobernar la parte oriental de su imperio<sup>89</sup>, y, por tanto, debía respetar y dignificar el patrimonio cultural y el ámbito cívico que constituían sus señas de identidad. La culta aristocracia griega veía, de este modo, garantizados sus privilegios y colaboraba a dar cohesión y solidez a las ciudades del imperio de modos muy diversos<sup>90</sup>. El símbolo de esa imagen es Atenas, reinventada en su espacio y en el tiempo<sup>91</sup> hasta convertirla en una ciudad excepcional, por su naturaleza, por su historia y por las virtudes de sus gentes.

Este discurso de Aristides, cuya estructura hemos ido señalando, fue una de las fuentes<sup>92</sup> utilizadas por la retórica, es decir, por la Teoría de la Comunicación de la época imperial, para componer un manual, fechado en el siglo III y atribuido a Menandro el Rétor, titulado *Dos tratados de*

<sup>89</sup> Si en la parte occidental del Imperio la política de Roma para la creación de una "conciencia nacional" romana fue la sustitución de las identidades indígenas por la romana, en Oriente era imposible prescindir de la herencia griega. Esta herencia podía utilizarse como arma arrojada contra Roma (algo sobre lo que previene Plutarco en sus *politikà parangélmata* 814bc), o reinterpretarse a la luz de la nueva realidad como articulador de una identidad griega que abarcara al conjunto de los poderosos del imperio: esa fue la labor realizada por los intelectuales de la Segunda Sofística, cf. Cortés Copete 1997, pp. 269, 275 y 277.

<sup>90</sup> Cf. Gascó 1995, p. 179. En este trabajo se estudian los actos en beneficio de las ciudades que realizaban las élites griegas en virtud de la *philopatría*. Por otro lado, para las élites romanas el dominio del griego era un instrumento de diferencia de clase, que les distinguía de los menos pudientes, que no podían pagar tal educación y quedaban excluidos de los niveles más altos de la sociedad: cf. Kennedy 1972, pp. 91 ss.

<sup>91</sup> Cf. Pernot 1993, pp. 741-747. Esta imagen de Atenas no es exclusiva de Aristides, sino que es propia, en general de la literatura de la época. Lo distintivo de su discurso, como él mismo señala, es su carácter exhaustivo.

<sup>92</sup> Menandro cita a Aristides (I.345.19 y 21; 346.15; 349.11 y 24; 350.10; 355.19; 360.5 y 9; II.372.10; 384.16; 386.31), Dión y Calinico (I.361.9), Polemón y Adriano (II.386.30-31). García García & Gutiérrez Calderón 1996, p. 11, n. 97, destacan, entre las obras utilizadas para su composición, además del *Panatenaico* de Aristides, a Jenofonte (*Recursos* 1.2-8), el *Critias* de Platón y el *Panatenaico* de Isócrates.

*retórica epidíctica*<sup>93</sup>. En su Tratado I, Libro II, encontramos una completa casuística para alabar o hacer propaganda de todos los aspectos posibles de las regiones y de las ciudades. Fue muy útil para la composición de los numerosos discursos de alabanza de ciudades posteriores<sup>94</sup>, tanto en el ámbito pagano, como en el cristiano, y aún hoy podría utilizarse con provecho como catálogo recopilatorio de los aspectos que pueden ser usados para la propaganda de cualquier ciudad.

<sup>93</sup> El elogio de la ciudad se incorpora a la teoría retórica primero con Quintiliano. En el ámbito griego, aparece por primera vez en los *Progymnásmata* o *Ejercicios Preparatorios* atribuidos a Hermógenes (siglo II), dentro del ejercicio del "encomio" (18 Rabe). La ciudad se identifica con sus habitantes y se alaba en primer lugar su autoctonía, seguida de su crianza y educación, en las que se recomienda aducir que contaron con la participación divina.

<sup>94</sup> Además de aparecer en discursos autónomos, el elogio de ciudad era un elemento frecuente en discursos deliberativos o epidícticos varios, en tanto que la *pólis* se consideraba un elemento del *génos*, primer "lugar" en la alabanza de una persona.

## Bibliografía

### Bacchylides

Bacchylides, *Carmina cum fragmentis*, Leipzig 1961 (B. Snell ed.)

### Baquílides

Baquílides, *Odas y Fragmentos*, Madrid 1988 (Introducción, Traducción y Notas de F. García Romero)

### Burnett 1985

A. P. Burnett, *The art of Bacchylides*, Cambridge, Massachusetts & London 1985

### Cardete del Olmo 2007

M. C. Cardete del Olmo, "La construcción del Pasado Griego en Época Romana: Pausanias y su época", in F. Echeverría Rey, M. Y. Montes Miralles, A. Rodríguez Mayorgas (eds.), *Actas del VI Encuentro de Jóvenes Investigadores*, Madrid 2007, pp. 29-39

### Cortés Copete 1997

J. M. Cortés Copete, "Problemas ideológicos de la integración griega en el Imperio", in D. Plácido, J. Alvar, J. M. Casillas, C. Fornis (eds.), *Imágenes de la polis*, 1997, pp. 269-282

### Demóstenes

Demóstenes, *Discursos políticos*, III, Madrid 1985 (Introducciones, Traducción y Notas de A. López Eire)

### Douglas 2007

M. Douglas, "Conclusion: The prestige of the Games", in S. Hornblower & C. Morgan, *Pindar's Poetry, Patrons & Festivals*, Oxford 2007, pp. 391-408

### Elio Aristides

Elio Aristides, *Discursos*, I, Madrid 1987 (Introducción, Traducción y Notas de F. Gascó y A. Ramírez de Verger)

### van Effenterre 1985

H. van Effenterre, *La cité grecque. Des origines à la défaite de Marathon*, Paris 1985

### Eliade 1951

M. Eliade, *El mito del eterno retorno*, Barcelona 1995 (Traducción R. Anaya, Paris 1951)

### Erskine 2007

A. Erskine, "Speaking up for the Polis", in I. Worthington (ed.), *A Companion to Greek Rhetoric*, Malden-Oxford-Carlton 2007, pp. 272-285

### Gascó 1981

F. Gascó, "La teoría de los cuatro Imperios. Reiteración y adaptación ideológica. I. Griegos y Romanos", *Habis* 12, 1981, pp. 179-196

### Gascó 1995

F. Gascó, "Evergetismo y conciencia cívica en la parte oriental del imperio", *Habis* 26, 1995, pp. 177-186

### Homero

Homero, *La Iliada*, Madrid 1986 (Edición de C. Rodríguez Alonso)

**Isócrates**

Isócrates, *Discursos II*, Madrid 1980 (Traducción, Introducciones y Notas de J. M. Guzmán Hermida)

**Jeffreys 2007**

E. Jeffreys, "Rhetoric in Byzantium", in I. Worthington (ed.), *A Companion to Greek Rhetoric*, Malden-Oxford-Carlton 2007, pp. 165-184

**Jenofonte**

Jenofonte, *Obras Menores*, Madrid 1984 (Introducciones, Traducciones y Notas de O. Guntiñas Tuñón)

**Kennedy 1963**

G. Kennedy, *The art of persuasion in Greece*, Princeton, New Jersey 1963

**Kennedy 1972**

G. Kennedy, *The art of Rhetoric in the Roman World, 300 B.C.-300 A.D.*, Princeton, 1972

**Kolb 1992**

F. Kolb, *La Ciudad en la Antigüedad*, Madrid 1992 (München 1984, Traductora E. Bombín)

**Lisias**

Lisias, *Discursos, I*, Madrid 1988 (Introducciones, Traducción y Notas por J. L. Calvo Martínez)

**Loroux 1993**

N. Loroux, *L'Invention d'Athènes*, París 1993 (segunda edición)

**Mansuelli 1974**

G. A. Mansuelli, "La rappresentazione della città in scrittori latini dell'epoca di Augusto", in R. Chevallier (ed.), *Littérature gréco-romaine et géographie historique. Mélanges Roger Dion*, Paris 1974, pp. 181-189

**De Martino 2009**

F. De Martino, "Antichità e Pubblicità", in M. T. Muñoz García de Iturrospe (ed.), *Antiguos y Modernos. Presencias clásicas, de la Antigüedad al siglo XXI*, Vitoria 2009, pp. 19-43

**Menandro el Rétor**

Menandro el Rétor, *Dos tratados de retórica epidíctica*, Madrid 1996 (Introducción de F. Gascó. Traducción y notas de M. García García y J. Gutiérrez Calderón)

**Oliver 1968**

J. H. Oliver, *The civilizing Power. A study of the Panathenaic Discourse of Aelius Aristides against the Background of Literature and Cultural Conflict, with Text, Translation, and Commentary*, Filadelfia 1968

**Oudot 1992**

E. Oudot, "Images d'Athènes dans les romans grecs", in M.-F. Baslez, P. Hoffmann & M. Trédé, *Le Monde du Roman Grec*, Paris 1992, pp. 101-111

**Pernot 1993**

L. Pernot, *La rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain*, I y II, Paris 1993

**Píndaro**

Píndaro, *Obra completa*, Madrid 1988 (Edición y Traducción de E. Suárez de la Torre)

**Píndaro**

Píndaro, *Odas y Fragmentos*, Madrid 1984 (Introducción, Traducción y Notas de A. Ortega)

**Píndaro**

Píndaro, *Epinicios*, Madrid 2002 (Edición de P. Bádenas de la Peña y A. Bernabé Pajares)

**Pindarus**

Pindarus, *Epinicia, I*, Leipzig 1984 (B. Snell & H. Maehler eds.)

**Plácido 1997**

D. Plácido, "La imagen heroica de la Atenas democrática", in D. Plácido, J. Alvar, J. M. Casillas, C. Fornis (eds.), *Imágenes de la polis*, 1997, pp. 127-134

**Platón**

Platón, *Diálogos*, II, Madrid 1983 (Traducciones, Introducciones y Notas por J. Calonge Ruiz: *Gorgias*, E. Acosta: *Menéxeno*, F. J. Olivieri: *Eutidemo y Menón* y J. L. Calvo: *Cratilo*)

**Reardon 1971**

B. P. Reardon, *Courants littéraires grecs des II<sup>e</sup> et III<sup>e</sup> siècles après J.-C.*, Paris 1971

**Redondo Moyano 2007**

E. Redondo Moyano, E., "Aspecto físico y retórica en la novela griega antigua", in J. Alonso Aldama, D. García Román, I. Mamolar Sánchez (eds.), ΣΤΙΣ ΑΜΜΟΥΔΙΕΣ ΤΟΥ ΟΜΗΡΟΥ. Homenaje a la profesora Olga Omatos, Vitoria-Gazteiz 2007, pp. 691-706

**Redondo Moyano 2008**

E. Redondo Moyano, "Elogio, Vituperio y Valores", in *Teatro y Sociedad en la Antigüedad Clásica*, Bari 2008, pp. 341-368

**Rykwert 1988**

J. Rykwert, *La idea de ciudad*, Salamanca 2002 (Traducción de J. Valiente Malla, 1976, 1988)

**Saïd-Trédé-Boulmer 1984**

S. Saïd & M. Trédé-Boulmer, "L'Éloge de la cité du vainqueur dans les épinicies de Pindare", *Ktéma* 9, 1984, pp. 161-170

**Sancho Rocher 1997**

L. Sancho Rocher, "La polis y el bien común: un aspecto de la polémica política en la Atenas de fines del siglo V", in D. Plácido, J. Alvar, J. M. Casillas, C. Fornis (eds.), *Imágenes de la polis*, 1997, pp. 107-126

**Schepens 2001**

G. Schepens, "Ancient Greek City Histories. Self-definition through history writing", in K. Demoen (ed.), *The Greek City from Antiquity to the Present*, Louvain-Paris-Sterling-Virginia 2001, pp. 2-25

**Smith 2007**

R. R. R. Smith, "Pindar, Athletes, and the Early Greek Statue Habit", in S. Hornblower & C. Morgan, *Pindar's Poetry, Patrons & Festivals*, Oxford 2007, pp. 83-139

**Vernant 1972**

J.-P. Vernant, "Tensions et ambiguïtés dans la tragédie grecque", *Mythe et tragédie en Grèce ancienne*, Paris 1972

**Zeitlin 1996**

F. I. Zeitlin, *Playing the other*, Chicago 1996